

BREVE HISTORIA URBANA DE HERMOSILLO



Jesús Félix Uribe García

BREVE HISTORIA URBANA DE HERMOSILLO.

Jesús Félix Uribe García.
yoreme2002@hotmail.com

1° Edición. Sociedad Sonorense de Historia. 1987.
3° Edición. La Diligencia. 2005

Todos los derechos reservados por el autor.

BREVE HISTORIA URBANA DE HERMOSILLO

Jesús Félix Uribe García

Con todo afecto para Rómulo Félix,
compañero de andanzas por los rumbos
de la historia.

Jesús Uribe

14-mar-05



Editorial. La Diligencia.

índice

PRÓLOGO	7
EL HERMOSILLO DE LAS HUERTAS Y LAS ACEQUIAS	9
UN PEQUEÑO PUEBLO	11
La Vida Diaria	11
Las Huertas	14
Los Caminos	15
NUEVOS ESPACIOS	17
Centros de Reunión	17
Por las Calles	19
La Casa-Habitación	21
EL CAMINO DE HIERRO	24
Las Mejoras Materiales	24
La Industria y el Comercio	26
La Construcción	28
La Vida Social	30
EN BUSCA DE NUEVOS RUMBOS	33
LOS NUEVOS CAMINOS	35
Hacia el Sur	35
EL PROYECTO DE LA GRAN CIUDAD	38
La Estructura Urbana	38
La Periferia	39
La Era de Abelardo	42
El Automóvil	43
EL SUEÑO HECHO REALIDAD	45
La Colonia Pitic	45
Nuevas Calles	47
NOTAS	51

PRÓLOGO.

Varias rancherías, pueblos y villas han vivido en el sitio donde actualmente se levanta la población de Hermosillo. Sus calles han tomado cientos de cursos conforme se levantaban casas o se derrumbaban edificios, las plazas y paseos públicos cambian de ambiente en cuestión de años. Los rincones donde antaño disfrutaban la tarde tomando una taza de café pueden, al paso de una generación, convertirse en ruinas o centros comerciales. La historia de una ciudad es la historia de sus ambientes, formados por el diario vivir de sus habitantes, transformado por la adaptación de nuevos usos y costumbres.

La historia del ambiente urbano es tan compleja como sean las relaciones sociales, cambiante de acuerdo a nuevos moldes y calidades espaciales creados o adquiridos. La historia del ambiente debemos buscarla en los pequeños detalles de la vida cotidiana, no pasar por alto hechos tan aparentemente simples como la inauguración de una cafetería, o las calles por donde “pasaban” los desfiles. Ambos acontecimientos dan al espacio un sentido distinto, lo transforman al convertir lugar y calles en centros de reunión. El ambiente está formado más por las miles de personas que andan por las calles entrando y saliendo de edificios, bares, hospitales, dándole vida a las plazas, etcétera, que por algunos grandes hombres y sus hazañas. Aunque en determinados momentos algunos gobernantes, con visión urbana, pueden alterar por completo la estructura física de una población. Pero aun así, poco pueden hacer para evitar, por un largo período de tiempo, el que un grupo de alcohólicos o desempleados tomen una plaza como lugar de reunión.

Este trabajo es un primer intento por comprender la historia urbana de Hermosillo, buscando en los pequeños detalles de la vida diaria el motivo. Enmarcados en los acontecimientos de mayor importancia, la intervención francesa, la revolución mexicana y la década de 1940. Tratamos de periodizar de acuerdo a los momentos de esplendor urbano y

a los períodos de decadencia, relacionándolos con las comunicaciones hacia el exterior. Los caminos, como formadores de ciudades, explican gran parte de su historia. Por ellos reciben el comercio y las noticias, por los caminos sale la producción que da vida a las poblaciones.

Hago patente mi agradecimiento a los comentarios del Ing. Armando Hopkins Durazo y al futuro Doctor en Historia Miguel Tinker Salas, que le dieron un poco más de orden a lo escrito. Igualmente al compañero Julio Cesar Montané Martí por sus observaciones sobre el material gráfico.

El Hermosillo de las Huertas y las Acequias.

UN PEQUEÑO PUEBLO.

La Vida Diaria. Imaginemos nuestra ciudad a mediados del siglo pasado. Un pequeño pueblo con sus casas dispersas y orientadas a los cuatro vientos. Las calles estaban cubiertas por un polvo tan fino que era menester cerrar puertas y ventanas para evitar que inundara las habitaciones. Sólo una gran plaza con la iglesia por un lado y algunas buenas construcciones por los otros, le daban cierta apariencia de pueblo. En torno a la vieja plaza de armas construyeron los edificios públicos y algunas casas de los principales del pueblo. Buenas y elegantes construcciones que levantaron algunos propietarios por aquellas épocas, destacando una construida por un viejo español de apellido Monteverde. La casa, descrita por Henry George Ward en 1827, era “como un palacio (adornado) con gran cantidad de cuadros y grabados.” (1) Según Ward era superior a cuantas se encontró desde que salió de Guadalajara. El resto de la población se componía por las casas de los trabajadores de las huertas, arrieros, leñadores, servidumbre, etcétera. Pequeñas casas de adobe que protegían puertas y ventanas con cueros de res enmarcados en madera. El viejo presidio del Pitic era a principios del siglo pasado una pequeña población rodeada de huertos y monte, cruzada por acequias y mal trazada.

Con alrededor de cinco mil habitantes tenía a su haber el ser el pueblo donde vivían los más ricos comerciantes de Sonora que, junto con los del puerto de Guaymas, controlaban gran parte del movimiento comercial. La vida diaria de entonces no traspasaba los umbrales de la casa-habitación. En las de cierto rango social organizaban las tertulias acompañadas de café, té o chocolate en finas vajillas importadas de las “Indias Occidentales”. Los bailes a los que eran tan afectos los hermosillenses, según un observador de la época, tenían lugar en las casas particulares. En general eran afectos al juego de cartas, a las peleas de gallos y corridas de toros.

Las primeras noticias que tenemos de un centro social datan del 29 de octubre de 1842. Ese día hubo salvas de artillería, lanzaron cohetes y la población se iluminó para inaugurar la “Gran Sociedad”. La empresa fue realizada por Francisco García de Noriega y Jesús García del Pino, amenizando el evento con un elegante baile durante el cual el bello sexo embelesó a los concurrentes con sus gracias y elegantes vestidos. Los amantes de los juegos de salón disponían de dos mesas de billar, una al estilo del país y la otra extranjera. En salón aparte, mesas de juegos y lectura de periódicos. Los viajeros disponían de elegantes habitaciones donde descansar de las duras travesías por los caminos de Sonora. (2) La “Gran Sociedad” es un hito en la historia urbana de Hermosillo. Es uno de los primeros espacios que pretenden sustituir el ambiente de reuniones familiares, por otro en el que se convive con un mayor número de personas.

Por estas mismas fechas estuvo en la población el viajero y comerciante español Vicente Calvo, quien escribió sus crónicas en 1843. Conoció y describió el aspecto alegre de Hermosillo, con sus construcciones en “amenaza” (una junto a la otra) y de un cierto aspecto morisco. Los edificios seguían la línea horizontal con las ventanas “rasgadas” hasta el suelo y protegidas por enrejados ricamente ornamentados. Varias tiendas de ropa y bien surtidas con efectos extranjeros y del país: rebozos, cordobanes, tejidos de caña, barajas y otros artículos más, permanecían abiertas hasta las nueve o diez de la noche, alumbrando el portal con un farol. No podía faltar el mercado donde los vecinos compraban los productos de los huertos y rancherías, además de los que traían los arrieros y carreros de otras partes. En el viejo parían compraban el pescado fresco, las frutas y las verduras, carnes y todo lo necesario para la mesa. En los tiempos de fiestas los vendedores de flores, perfumes y esencias, satisfacían las demandas de los “galanes” que buscaban con que regalar a sus amadas. (3)

El comercio de Hermosillo empieza a animarse por el tráfico que hacían con el puerto de Guaymas, y que seguía de paso hacia Arizona. Este flujo comercial aumentó en la década de 1850 cuando los puertos del

Golfo de California, entre ellos el de Guaymas, entran en la órbita comercial del puerto de San Francisco. Parece ser que este auge tuvo sus repercusiones en la cuestión urbana de Hermosillo. En noviembre de 1854 la Prefectura del Distrito invitó al Ayuntamiento a deliberar sobre las casas, calles y plazas que debían incluirse en un proyecto de remozamiento de la población. En la referida invitación dan los límites de la zona centro, reproducimos el texto, a pesar de su extensión, por ser una de las primeras delimitaciones de un “centro”: “desde la esquina de la casa de D. Agustín Muñoz, rumbo al norte, hasta la que fue del finado Bojorquez frente a la esquina que perteneció al difunto Escalante y Arvizu, y tomando de esta calle al oriente hasta llegar a la que da vuelta por detrás de la casa de D. Hilario Gavilondo, continuando al oriente, hasta el tendajón del Siglo XVIV (sic): luego tomando al sur desde este punto hasta la casa morada de Don Luis Nanneti: y de aquí siguiendo a la de Muñoz donde comenzó la línea.” (4) Las plazas y calles incluidas en el proyecto eran: la plaza principal (Plaza Zaragoza), frente a las consistoriales, la de la Casa de la Moneda y la del parían; las calles del Carmen (Sufragio Efectivo), la de la Alameda (Serdán) y la que daba salida rumbo a Villa de Seris, “desde la tienda de Don Florencio Monteverde hasta el puente que está colocado delante de la casa de Don Manuel Iñigo.” (5) Los propietarios de construcciones dentro del centro estaban obligados a arreglar las fachadas, sacándolas a “plan” y pintándolas. Para las pintas recomendaron colores claros.

Ya para terminar la década, el 10 de septiembre de 1859, inauguraron el nuevo edificio Municipal. El inmueble fue construido en el mismo sitio que ocupara el viejo edificio del municipio. Desafortunada práctica de destruir los viejos edificios para construir según las pautas modernas. La Casa Municipal, de la cual fueron padrinos el general Ignacio Pesqueira y Juan Pablo Camou, se inauguró con la bendición y un baile de gala. Los padrinos promovieron en el evento una suscripción para terminar las obras de ornato faltantes, reuniendo la suma de mil pesos. (6)

Las mejoras materiales continuaban transformando la imagen de Hermosillo. En el mes de septiembre de 1861 el Ayuntamiento comunicó

a la Prefectura para “conocimiento del Supremo Gob. del Estado, la instancia de un ciudadano natural de la ciudad de México que contiene el grandioso extraordinario proyecto de iluminación de esta Ciudad por medio de gas.” (7) Con el alumbrado público la población entraría de lleno a los tiempos modernos, según pensaban entonces, dándole una vida acorde a la de los países civilizados. El alumbrado en las calles aumentaría las horas de uso del espacio exterior. Los vecinos podrían hacer sus visitas y paseos nocturnos con mayor seguridad.

Las Huertas. Por las descripciones de inicios y mediados del siglo pasado podemos observar cambios en la imagen de Hermosillo. Da la impresión de que el comercio se organizaba mejor, y existen evidencias de aumento en la producción agrícola. Todo este auge en las actividades productivas tuvieron su paralelo en la vida social. En 1840 la población aumento, según Velasco, a 11 655 habitantes, que junto con unos dos mil yaquis hacían un total de 13 655 almas. (8) Podríamos aventurar la presencia de una incipiente clase intermedia entre propietarios y servidumbre, formada por la agricultura y el comercio, que transformaban el espacio exterior.

Las huertas y terrenos cultivables que limitaban la población eran parte importante de la vida económica del viejo Pitic. Aunque en un principio no competían con el comercio en el ingreso de divisas, con el tiempo llegarían a ocupar un lugar importante exportando sus productos. Desde la fundación del presidio del Pitic, durante la primera mitad del siglo XVIII, la actividad agrícola era la base económica y social. Aunque el verdadero motivo de su fundación fue el control militar de los seris y pimas contrarios a la colonización, durante los inicios de la revolución de Independencia, en 1811, empezaron a cultivar el algodón y la vid. Los criaderos de los Sánchez, en el lado oriente del cerro de la Campana, y los de los Bojorquez a la orilla del río, pero al poniente del mismo cerro. Después siguió el viñal de San Benito, al norte de la población y a la derecha del camino llamado de la carrera. (9) La vid se daba bien y los

productores hacían de “ella un vino blanco, de sabor un poco inferior al jerez y que si se añejara sería tan bueno como éste.” (10) En el mismo año que empezaron los cultivos de la vid algunos labradores probaron suerte con el algodón. Entre éstos estaban Rafael Díaz, quien llegó a lograr buenas cosechas destinándolas a la fábrica de mantas de media vara en telares de mano. (11) Una epidemia en los cultivos, después de dos o tres años de buenas cosechas, dieron al traste con el primer intento. Con la fundación de la fábrica de Los Ángeles, en 1842, se impulsó de nuevo el cultivo del algodón.

La producción agrícola de Hermosillo, o su comercialización en el exterior, dependía en gran medida del estado en que se encontraran los caminos, principalmente el camino real de Hermosillo a Guaymas. El transporte de harina y otros productos en recuas de mulas era lento, costoso y de poco volumen, pues la ruta no permitía un eficaz tránsito de carretones. En 1855 José Landry propuso al Gobierno del Estado la compostura de la ruta. Todo parece indicar que se llevaron a cabo, ya que años más tarde informaban que: “El movimiento al exterior se ha visto aumentar considerablemente al sustituir las bestias de carga por carretones tirados por las mismas bestias. Con esto ha aumentado la producción agrícola de Hermosillo.” (12)

Los Caminos. Las vías de comunicación son un factor importante en el desarrollo social y económico de toda población. Por los caminos llegan las noticias y el comercio, salen viajeros y entran visitantes que van dándole nuevas cualidades al ambiente. La población que en estas fechas contara con mejores vías de comunicación al exterior tendría más posibilidades de crecer económica y políticamente. No en balde cuando, en 1870, el general Ignacio Pesqueira como gobernante del Estado propuso un sistema de caminos carreteros hizo confluir en Ures (entonces capital de Sonora) la mayoría de las rutas. La importancia comercial de Hermosillo estaba en el camino real a Guaymas y en los muelles del puerto, donde atracaban las embarcaciones que hacían el comercio de cabotaje y altura.

Hermosillo, como lo observó el capitán Guillet en sus “Notas sobre Sonora. 1864-1866”, realmente debía su prosperidad a la proximidad con el puerto de Guaymas. Del comercio local se abastecían importantes poblaciones como Ures y Sahuaripa. Sin embargo, lo que vino a fortalecer la presencia de la población fue el estar al paso del movimiento comercial de Guaymas al Tucson. El comercio entre la Alta California y el territorio de Arizona era menos costoso utilizando las rutas marítimas de San Francisco a Guaymas para, posteriormente, cruzar territorio sonorense hacia el norte, que cruzar las montañas y desiertos que los separan. En el trayecto del camino estaban los comerciantes hermosillenses listos a aprovechar las ventajas de este movimiento.

Los procesos de urbanización se identifican con los de industrialización. De la primera Revolución Industrial nacieron una gran cantidad de ciudades que de aldeas vieron crecer su población alrededor de industrias y fábricas hasta convertirse en metrópolis. El caso de Hermosillo se asemeja más a la formación de ciudades en la Europa de fines de la Edad Media, generadas por el tráfico comercial que desarrolló un sistema de caminos carreteros. (13) Durante las décadas que abarcan los años de 1850 y 1860, Hermosillo entró en contacto con el mundo por mejores caminos. Los comerciantes que cruzaban tierras sonorenses no transportaban únicamente carga, transportaban también imágenes de otros lugares. La prensa “descubrió” el mundo y entre edictos, leyes y decretos, informa de las guerras europeas, de inventos y descubrimientos recientes, adelantos técnicos, de las bellas artes, etcétera. El periódico enriquecía así la plática cotidiana.

Culminamos un momento de la historia urbana con la intervención francesa. El ejército galo derrotó, en mayo de 1865, al general Ignacio Pesqueira en la batalla de la Pasión. Con esta acción se abrieron las puertas al interior del estado para el ejército invasor. Podemos decir, sin buscar giros literarios, que el espacio quedó en suspenso por la derrota de los nacionales. Ocupado Hermosillo en la misma fecha de la batalla de la Pasión, la población entró en un estado de guerra y zozobra.

Sería interesante una investigación de los efectos de la ocupación francesa en el aspecto urbano. Todo invasor entra en negociaciones con los empresarios del suelo ocupado, lo mismo que éstos últimos las promueven y esperan. Conociendo los planes y proyectos entre ambos grupos, podemos imaginar la ciudad que tenían en mente. La misma intervención francesa debió haber dejado algo en los ánimos de los hermosillenses, soldados hablando de sus ciudades y aldeas, de modas y costumbres. Son sólo probabilidades, pero ni soldados ni comerciantes se estacionan en una tierra sin abrir la boca. Los posibles proyectos fueron truncados por la acción de guerra del general Ángel Martínez, el 4 de mayo de 1866, que recuperó la población para la causa republicana.

NUEVOS ESPACIOS.

Centros de Reunión. Las huellas en la intervención francesa en lo urbano son aun tema de investigación. No podemos aun afirmar si los cambios notables en la vida diaria que observamos, pasada la intervención, fueron producto de la misma o parte del propio proceso urbano de Hermosillo. Del primer intento fallido de un centro social en 1842, con la “Gran Sociedad”, a los nuevos locales de recreación durante la década de 1870, deben existir grandes diferencias sociales. A reserva de realizarse trabajos más a fondo podemos presumir un aumento en la población con acceso a la información, con necesidades de ambientes de mayor calidad urbana. Por los caminos del norte, sur y hacia la sierra, corren diligencias dando lugar a un nuevo sistema de transporte personal que mejora las lentas travesías en carretas y caballos. En fin, Hermosillo extiende sus relaciones con mayor regularidad hacia otras ciudades de las que puede asimilar experiencias que enriquezcan su cotidianidad.

Las salas de las casas-habitación donde las reuniones tenían probablemente un tinte de intimidad, tertulias familiares, de amigos o de negocios, empezaron a compartir sus funciones con una variada gama de establecimientos públicos. En 1871, María Antonieta Segura de Noriega abrió en su casa una dulcería y pastelería. En el local los asistentes disfrutaban de dulces, frutas de horno y aguas gaseosas. (14) Un nuevo local, nombrado la “Fonda de Iturbide”, invitó en diciembre de 1877 a disfrutar de los platillos “sazonados con un gusto exquisito.” La fonda contaba con los servicios de mozos que, aunado a la “amabilidad del Sr. Cervantes”, su propietario, hacían más “gratas las horas de los que concurren a su establecimiento.” (15) En la misma fonda juegan billar, mesas que se cambiaron de sitio en enero del siguiente año para dar servicio de hotelería con piezas bien amuebladas. Del Hermosillo descrito por Velasco (1850) y otros cronistas en el que los viajeros solicitaban posada en casas particulares al de una población con servicios de hotelería, media una gran distancia. Paulatinamente se van definiendo los espacios de vecinos y visitantes.

Las funciones de teatro animaron el ambiente, destacando la Compañía de Teatro Sainz que montó algunas obras en los primeros meses de 1871: El Camino del Presidio, Bienaventurados los que Lloran y el Cabo Simón. De esta última obra transcribimos la reseña periodística publicada el 6 de marzo de 1871: “El Sr. Sainz estuvo sublime en el Cabo Simón, la Sra. Julia representó con maestría interpretando el corazón de una madre que tiene su hija, cuya suerte y paradero ignora, la Sra. Jesús González, a pesar del poco tiempo que hace que se consagró al teatro, estuvo feliz, y en general lo estuvieron los demás actores.” (16) Pasando por alto lo pequeño e incómodo del teatro, el cronista relató el entusiasmo, esmero y deseos de la compañía de agradar al público. El ocio disponía de mejores y más variados espectáculos que iban desde las funciones de teatro hasta la presentación de animales amaestrados. En diciembre de 1888 los hermosillenses tuvieron la oportunidad de disfrutar de dos interesantes espectáculos. El primero de animales amaestrados y de “autómatas” el

segundo. Tomamos las reseñas de éstos en las cartas dirigidas por José Camou H. A sus hijos que estudiaban en la ciudad de México: “Hay actualmente aquí una diversión muy curiosa de animales sabios dirigidos por Salvini –hay changos, perros, cabras, caballitos, burritos, etc. Y están tan bien entrenados que da gusto verlos trabajar.” (17) En otra de las misivas relata la próxima presentación de “autómatas”, “éstos son una especie de títeres o sean monos, pero mucho más grandes, que representan escenas con una perfección como si fueran gentes. Ya veremos que tal lo hacen.” (18)

Las diversiones y las actividades recreativas de los hermosillenses trascendieron de la reunión para la plática, el baile o los juegos de salón, a espacios apropiados y adecuados a actividades un poco más “urbanas”. Restaurantes, refresquerías, teatros, mejores paseos, etcétera, dieron a la cotidianidad un nuevo “modo de ser”. El simple hecho de que el periódico convirtiera en noticia los eventos intrascendentes refleja una mayor comunicación social. Ya nos son sólo los hacendados y empresarios los lectores de periódicos preocupados por legislaciones que puedan afectar sus intereses, o por las posibilidades de comercializar sus productos en el exterior. Aumentó el número de vecinos que se alimentan de lo trivial y pasajero, que comentan las obras de teatro, la comida de la Fonda de Iturbide o la poesía de Adela Arreola.

Por las Calles. Las calles se pueblan de una variada gama de deambulantes que complican las cosas. Los forasteros que buscan la casa de tal o cual vecino, sin señalamiento que los oriente, los malvivientes que andan a la caza de alguna puerta o ventana mal cerrada, y una nueva especie de ciudadano muy importante, el vago. No dudamos que estos personajes se presentaran en el Hermosillo de tiempos anteriores, pero no con la suficiente fuerza como para manifestarse públicamente. Forasteros, malvivientes y vagos van por las calles llamado la atención de los vecinos, ya sea con curiosidad o con recelo. Los tres especímenes buscan en la mirada de los transeúntes las víctimas que les darán razón de ser, el espacio se “urbaniza”.

El vago es un personaje eminentemente urbano, ciudadano. Su presencia en una población es uno de los indicios del paso del mundo rural al mundo urbano. Es un personaje que se escapa a las reglas de la urbanidad y que dispone del espacio, o al menos trata de hacerlo, en sus propios términos. De ahí el rechazo por parte de la sociedad hacia este grupo que salta las reglas del comportamiento social. Pero el vago es también un ser creativo, y esto por la simple y sencilla razón de que imagina y vive la ciudad a su modo, provocando el malestar que se vuelve queja pública. A fines de 1877, el periódico “La Era Nueva” se preguntaba un tanto angustiado: “¿Qué hace la policía que no recoge a esos vagos que andan por las calles?” Los vagos rompen la intimidad de la vida privada y van por las calles desparramando los secretos de algún lugareño, los acontecimientos políticos y los de todo tipo: “Son peores que los seris, porque éstos viven comiendo lagartijas, mientras los vagos viven comiendo al próximo.” (19) No debió faltar alguien que exclamara ¡Ya no se puede salir a la calle!

Aparece en los diarios la hoy conocida nota roja que va dando cuenta del desorden urbano, robos, asesinatos, lesionados por animales de corral sueltos por las calles, preludio de la nueva población que se formaba y tendría su punto culminante durante el porfiriato. Las polvorientas calles transitadas por carruajes levantando nubes de polvo tienen nuevos actores. Lejos estaba aquel pueblo donde todos se conocían y podían dar referencias de los vecinos sin necesidad de darle a las calles un nombre. Las referencias para dar don el paradero de alguien eran las casas conocidas, las iglesias y plazas, o los caminos a los ranchos y acequias. Pero la población crece y nuevos vecinos van levantando muros antes de que los antiguos pobladores los ubiquen como parte del vecindario. Los mismos visitantes se enfrentan con serias dificultades para localizar la casa o negocio por el cual hicieron el viaje a la población. El poner nombre a las calles y numeración a las casas es ya una necesidad. En junio de 1897 el periódico “La Regeneración” invitó al Ayuntamiento a trabajar en un proyecto de nomenclatura. (20) Tal medida, que es un manejo espacial diferente, traería como consecuencia

el “moverse” dentro de la población con nuevas referencias. Ya no buscarán la casa de Don Antonio Valenzuela, que está a la vuelta de la tienda de la Juana del Chalo, cerca de la acequia del común. Ahora buscarán exactamente la casa número 76 de la calle del Norte.

La Casa-habitación. Las viejas casonas hermosillenses con sus patios interiores plantados de jardines y árboles, tenían, por su disposición interior, una vida social “interior”. Construidas al ras de las banquetas y una junto a la otra, participaban poco de la vida de las calles. Las fachadas planas formaban verdaderos macizos, dando a la calle puertas y ventanas que encerraban en su interior la vida familiar y social. En el común espacio porticado, que daba al patio interior, recibían las visitas en un ambiente en el que se perdían los ruidos del diario trajinar.

Los anuncios de venta y renta de casas-habitación describen los espacios y en ocasiones los materiales utilizados. En marzo de 1877 pusieron en venta la casa conocida como de las Bernales, anteriormente nombrada de la Chicharra. El anunciante sólo hace referencia a su céntrica ubicación sin dar más datos de calle y número. La superficie del solar, incluyendo la construcción, alcanzaba las “5 434 varas cuadradas.” (21) Una mejor descripción la encontramos en el anuncio de venta de la casa conocida como de D. Feliciano Arvizu. El anuncio tiene fecha de 13 de enero de 1878, cuando era propietaria Dolores Gutiérrez. La casa estaba situada en “la calle que corre del Parián a la Alameda. A su frente tiene tienda, zaguán y recámara con magníficos techos de madera y entarimado de mezquite; en su centro tiene once piezas, dos corredores, patio zaguán para el traspatio que tiene un corredor y pozo con superior agua.” (22) Otro corral más daba hacia la calle principal, que daba salida rumbo a Ures. Y para terminar, una galera de dos naves y cuatro departamentos en renta. Todo un complejo arquitectónico: casa-habitación, tienda, bodegas y departamentos.

El ofrecimiento en venta de estas casas bien pudiera ser por los efectos del contrabando en la economía de la localidad. Arizona no era ya

el incomunicado y desolado territorio que dependiera en gran parte de los puertos sonorenses. El ferrocarril lo unía al oriente y occidente, hacia Nuevo México y la Alta California, aumentando sus posibilidades comerciales. Los Distritos fronterizos de Altar, Arizpe y Moctezuma, cambiaron su centro de abastecimiento de Hermosillo a Tucson, donde podían comprar a precios más bajos una mayor cantidad de artículos. Las consecuencias fueron funestas para Hermosillo que basaba su economía en el comercio.

La actividad constructiva sufrió los efectos de la crisis provocada por el contrabando. Un artículo periodístico relata en forma elocuente la situación de la población por estas fechas: “Las casa de las orillas y suburbios muchas están abandonadas, y existen porciones de solares, algunos con tapias ruinosas, cuyos reputados dueños las conservan en el nombre sin legítimos derechos.” (23) Casi nadie invertía en la construcción, y la renta era tan baja que apenas alcanzaba para hacer algunas reparaciones. La única esperanza que veían para salir del amargo momento era la construcción del ferrocarril. La población se pinta de un tono gris. Las calles sin pavimento ni empedrado, eran extensas tolveneras al paso de los coches y carruajes. La acequia del común tomó el lugar del basurero. El paseo de la Alameda (Parque Madero), antaño frecuentado para disfrutar de los momentos de ocio, estaba convertido en tierras de labor y en completo y lamentable abandono.

Dos acontecimientos vendrían a cambiar la imagen de la población, la elevación de Hermosillo a la categoría de Capital, y la tan esperada construcción del Ferrocarril de Sonora, de Guaymas a Nogales. En 1879, Hermosillo pasa a ser el centro de los poderes políticos, puesto que conserva hasta la actualidad. Dos años más tarde, a fines de 1881, el ferrocarril comunicaba a la población con el puerto de Guaymas. Estos dos hechos influirán tanto en la vida diaria como en la estructura urbana.

Ser Capital del Estado representó para Hermosillo la culminación de una serie de intentos, rastros de los cuales los encontramos en la tercera década del siglo pasado. En 1832, los vecinos de Hermosillo argumentaron

que: “Una capital no sólo debe tener en sí aquellos elementos necesarios para evadir el tropiezo... debe también tener los que le proporcionen medios que sin gravamen público sostengan las laboriosas manos que han de obrar en su administración.” (24) De la entonces capital, Arizpe, decían que era sólo un pueblo en funciones de plaza de armas que no obtenía nada de beneficio con ser capital, y sí impedía el desarrollo de otras regiones. Caso contrario, la céntrica ubicación de Hermosillo era ideal para funcionar como capital. Agregábase también el mayor número de poblaciones importantes, y por ende de habitantes, en el área de influencia de Hermosillo. La recaudación de impuestos, los necesarios viajes de negocios a la capital, serían más cómodos y viables a una céntrica población que a la serrana de Arizpe.

Aunque los vecinos de Hermosillo alegaban que la función de la vieja capital de Sonora era sólo como plaza de armas, el mismo viejo presidio del Pitic era amenazado constantemente por los seris. Un año antes de la declaratoria como capital los propietarios de bienes del Distrito buscaron la ayuda del gobierno para protegerse contra los ataques seris, que amenazaban con destruir los ranchos de la demarcación. La solución la dictan desde la Presidencia de la República al general Bibiano Dávalos, jefe de las fuerzas federales de Sonora, para que en un punto conveniente situase un destacamento “que garantice las vidas y propiedades de sus habitantes.” (25) No fue tanto la supuesta seguridad ante las incursiones de los “bárbaros” lo que llevó la capital a Hermosillo. Más bien fueron las relaciones comerciales que los medios de comunicación dieron hacia el norte y el sur, generadas por el movimiento portuario de Guaymas.

Las diligencias aumentaron sus corridas ampliando las posibilidades de viajar al exterior. En 1880 se podía viajar de Hermosillo a Nueva York en once o doce días, utilizando las diligencias de Juan Moreno, que salía todos los jueves a las seis de la mañana rumbo al Tucson, tardando unos dos días de viajes. De esta población continuaba la travesía alternado diligencias y ferrocarriles que ponían al viajero en la ciudad de Nueva York en ocho días. Se abría así una ruta hacia un mundo lleno de

posibilidades comerciales. No era necesario hacer el viaje a Nueva York para contactarse con una empresa vendedora de sistemas telefónicos, o de cable para el tendido de redes telegráficas, bastaba leer el periódico de aquella ciudad en la sección de anuncios clasificados. Se busca representante.

EL CAMINO DE HIERRO.

Las Mejoras Materiales. El Ferrocarril de Sonora sustituyó a las diligencias aumentando el número de personas que podían hacer el viaje hacia el norte y sur. Tal vez no disminuyó las horas de viaje como irónicamente comentaron en el St. Louis Globe Democrat, el 5 de enero de 1895, al decir que un arriero con su atajo de burros transportaba más carga y en menor tiempo. (26) Pero si permitió que más personas salieran de viaje, organizándose excursiones a los Estados Unidos y al interior del país.

Parece ser que el ferrocarril no cumplió con los amplios proyectos a que estaba destinado, pero influyó de manera importante en la vida diaria de los hermosillenses. El silbato de la locomotora entrando en la población por los montoso terrenos del norte, fue para muchos el preludio de una gran ciudad. Las mejoras materiales empezaron a cambiar la imagen de Hermosillo desde que el ferrocarril estaba en construcción, como si se prepararan para recibir al emisario de los nuevos tiempos. En la calle de Don Luis (Serdán) sembraron, en el mes de febrero de 1881, dos hileras de naranjos, instalando la tubería y los depósitos de agua para el riego de los árboles. (27) Las obras fueron ordenadas por el general Luis Emeterio Torres, Gobernador de Sonora, que tenía en mente hacer de esta calle la mejor de la población. Por su parte, el Ayuntamiento contrató los servicios

del arquitecto Javier Jara para organizar los trabajos de compostura del puente Colorado, ubicado entre las casas de los Villaescusa y del finado Francisco Monteverde, sitio bastante frecuentado para disfrutar de las tardes. En el lugar había unos frondosos fresnos bajo los cuales construyeron unas banquetas para placer de los concurrentes. (28)

Las mejoras materiales dieron un nuevo ambiente a la población. Las crónicas nos traen recuerdos de calles y plazas bien regadas y perfumadas por los azahares de los naranjos, los tranvías de mulitas recorrían las principales arterias y plazas descubriendo nuevas perspectivas. Pavimentaron y dotaron de alumbrado público a las principales avenidas de la población. En el mes de abril de 1898, el ingeniero Leander W. Mix celebró un contrato con el Ejecutivo para pavimentar las principales rúas de la zona centro. En los trabajos utilizarían cemento romano para las banquetas y el sistema Macadam para las calles. Un canal de sesenta y un centímetros, en ambas aceras, resolvería el problema de las aguas pluviales. El 19 de agosto del mismo año la Tesorería General pagó una liquidación por la pavimentación y embanquetado de la calle Don Luis. (29) El deficiente alumbrado con lámparas de aceite cedió su lugar a la moderna iluminación eléctrica, puesta en servicio el 21 de junio de 1897. Ramón Corral, como empresario, contrató a la “Mexican Electric Company” para la instalación de los ingenios que generarían el fluido. (30)

El ferrocarril trajo consigo los modernos sistemas de comunicación, el teléfono y el telégrafo. El 29 de junio de 1903, Florencio E. Monteverde negoció un contrato con el Ayuntamiento para instalar una red telefónica dentro de la población, contrato aprobado el 8 de julio del mismo año. (31) Dos años más tarde se celebraron varios contratos para entender las líneas telefónicas hacia algunas poblaciones cercanas. El 3 de mayo, W. E. Bristol contrató con el Gobierno del Estado el tendido de una línea rumbo a la Colorada. El 23 de noviembre celebraron otros dos contratos, uno por la Compañía Telefónica de Sonora, S. A. y el otro con el mismo Bristol. Hermosillo y el rancho de Santa Emilia quedarían unidos por medio del primer contrato, el segundo tendido telefónico sería hacia el pueblo de

San Miguel de Horcasitas. El 14 de noviembre de 1906, Bristol traspasó su concesión a la Compañía Telefónica de Sonora, S. A. (32).

La Industria y el Comercio. La actividad industrial prosperó y levantó grandes edificios que “atraen por su aspecto suntuoso y artístico, y que representan a un mismo tiempo, un fuerte capital invertido, en provecho de todos.” (33) Destacaban los edificios de la Cervecería de Sonora y el molino harinero El Hermosillense. La primera empresa se fundó en el año de 1896 por Geo Gruning, a quien se le uniría posteriormente el doctor Alberto Hoeffler. La fábrica lanzaba al mercado las afamadas cervezas Reina Blanca, Águila y High Life, con una producción anual de ciento cincuenta mil cajas de cerveza. Contaba además con fábrica de hielo con capacidad de sesenta toneladas diarias. (34) El molino harinero El Hermosillense, con su torre influenciada por los primeros rascacielos norteamericanos, era todo un complejo industrial que elaboraba desde harina para la exportación hasta electricidad para el consumo de la localidad. La industria local cubría varios giros resolviendo los problemas de las actividades productivas de la entidad. La Fundición de Sonora, ubicada en la esquina de Morelia y Porfirio Díaz (Garmendía), trabajaba el fierro y el bronce, componía maquinaria e ingenios. El gerente del negocio, ingeniero J. H. Aguilar, realizó sus estudios en los Estados Unidos, donde, comentan, asimiló el espíritu de empresa y trabajo de los norteamericanos. (35)

Amén de las ya mencionadas, y sólo para darnos una idea del auge industrial, citamos otras empresas. La Industria, propiedad de la Fábrica de Francia, en la que confeccionaban pantalones, blusas, camisas, trajes de casimir, calzoncillos, camisetas y telas de lana y algodón. La fábrica de velas esteáricas La Fama, que producía las velas Hércules, especialmente para la minería. Horvilleur, Camou y Co., establecida en 1893, fabricantes de ropa. La Compañía Industrial de Sonora, de Luken y Espinoza, fabricantes de pastas alimenticias y escobas. Y otras más que, aparte de levantar buenas y elegantes construcciones, acuñaron frases de un porvenir

sin límites, “la industria de Hermosillo ha recibido notables impulsos.” (36) Docenas de afirmaciones parecidas inscritas en periódicos, revistas y directorios, nos dibujan una ciudad que entraba por la puerta grande a los “tiempos modernos.”

Los almacenes comerciales de Hermosillo aumentaron en número, según Federico García y Alva, en fechas posteriores a la entrada del ferrocarril. De los tiempos anteriores a la llegada de este importante medio de transporte, sólo se registran dos casas comerciales, la Dulcería y Pastelería de Tonella Hnos. y El Verdadero Globo. El comercio de Tonella se fundó en 1870 y, a mediados de la primer década del presente siglo, surtía de mercancías importadas de Francia, España y los Estados Unidos, además de las nacionales. En el local, ubicado en la esquina de la calle de Don Luis y Porfirio Díaz (Serdán y Garmendía), los anaqueles exhibían buenos vinos y licores, cigarros, puros, jamón, tocino, conservas, dulces y pasteles. (37) En el mismo año, Ramón Ayón fundó El Verdadero Globo. Casa comercial que atendía al público en el mismo edificio del Teatro Noriega. (38) Lo anterior no significa que sólo existieran estos dos comercios. Aunque fue durante el porfiriato que los comerciantes se presentan ante el público con una campaña en forma y atractiva. Anteriormente atendían, al parecer, improvisando un local en su propia casa.

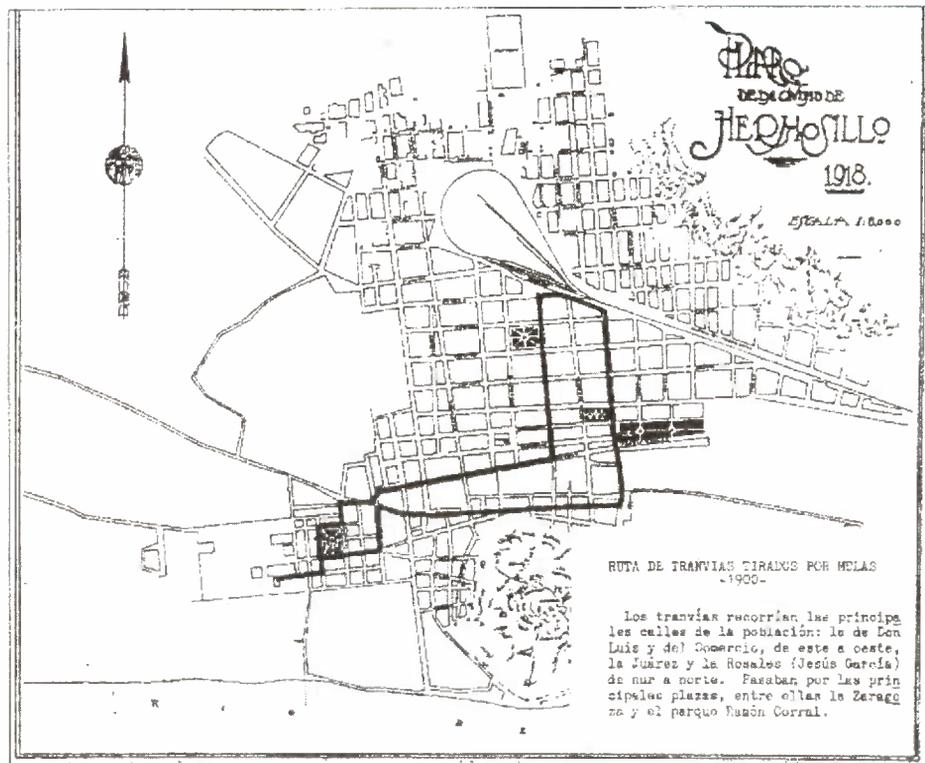
En la década de 1880, García y Alva registra la formación de cuatro giros comerciales. En 1884, el negocio de Manuel Rosas con el nombre de La Esperanza, como competencia de Tonella Hnos. en la venta de dulces y pasteles. Rosas tenía su casa matriz en la calle Guerrero No. 36 y una sucursal en la de Tampico No. 22 (calle Obregón). La moderna maquinaria de La Esperanza trabajaba por medio de vapor. En 1886, empezaron a funcionar dos nuevos establecimientos comerciales, el comisionista e importador Luis Encinas con domicilio en la calle de Morelos No. 44, y la Mercería de la Paz de Adolfo y Simón Bley en la esquina de Tampico y Lerdo. La mercería importaba productos de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania. Por último, en 1888, Manuel Ferreira abrió el negocio

Las Playitas, dedicado a la elaboración de frutas en conserva y en su jugo. (39)

Todos estos comercios, y otros tantos que faltaron por mencionar, lucían elegantes mostradores de madera y vidrio. Los anaqueles de piso a techo de la Mercería de la Paz ordenaban un variado surtido de mercancías que tenían que alcanzarse, en lo más alto, con una escalera corrediza. La Compañía Ferretera, S. A., por la calle de Don Luis, mostraba docenas de herramientas colocadas en la pared. Sobre un mostrador de madera labrada con tableros y volutas, alcanzamos a ver tres depósitos expendedores de gaseosas o aceites industriales. Una hilera de focos incandescentes se descolgaban del techo de viguería. Los comerciantes buscan crear ambientes amables, modernos y de buen gusto.

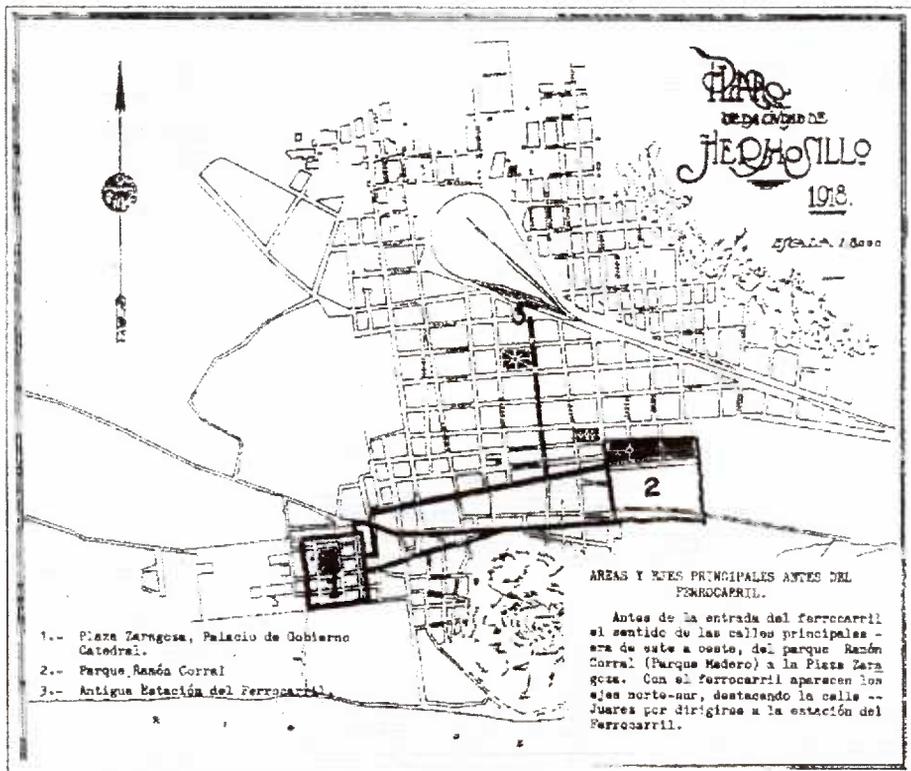
La Construcción. El auge industrial y comercial aceleró el crecimiento de la población, extendiéndose a los terrenos montosos al norte de la línea férrea. Entre los primeros terrenos adjudicados están los de la misma compañía ferrocarrilera, por contrato del 8 de julio de 1898. El contrato de compra-venta lo negoció Tomás Robinson, representante de la compañía, con el Ayuntamiento de Hermosillo. Adquiriendo en compra una superficie de 153 101 metros cuadrados mediante el pago de 3062.02 pesos. El contrato no incluía la calle Matamoros. (40)

Posteriormente las empresas constructoras se lanzarán a la fabricación de casas-habitación en serie para satisfacer la demanda. A principios de 1899 Rafael J. Ruiz negoció con el Ayuntamiento una concesión para la construcción de casas. Propietario de veinticinco lotes al norte de la línea férrea es, probablemente, el primer fraccionador de Hermosillo. Los terrenos estaban dentro de la zona marcada por el Ayuntamiento como “proyecto para la prolongación de la ciudad.” (41) El Municipio se comprometía, según el contrato, a prolongar la línea de agua corriente y el tendido del alumbrado público conforme avanzara la construcción de casas.



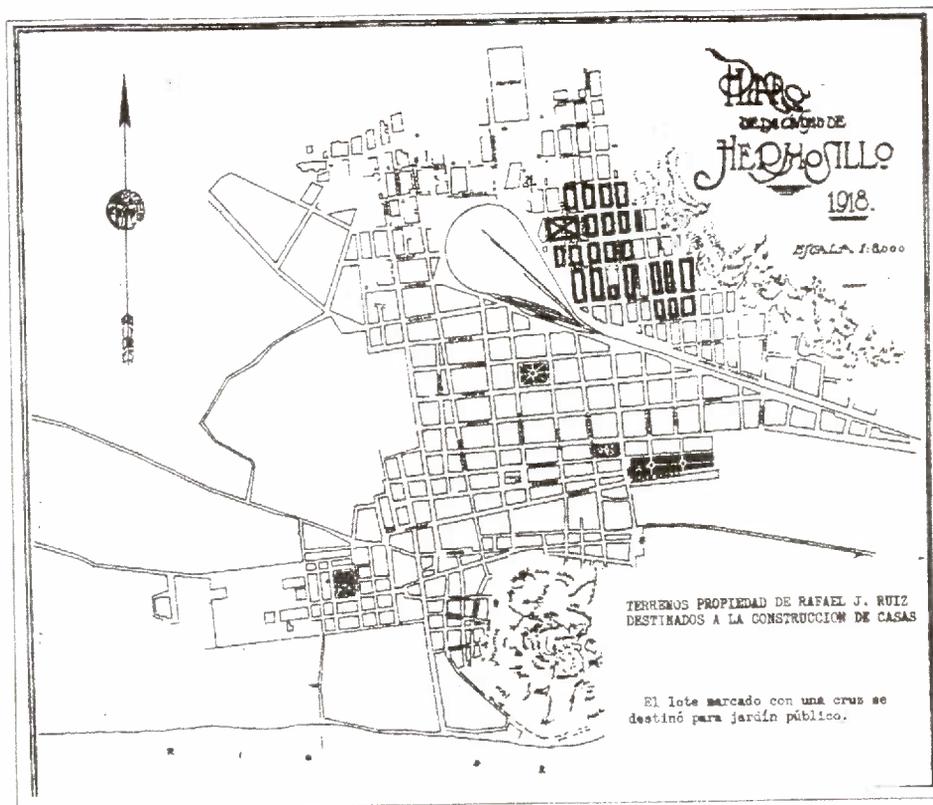
RUTA DE TRANVIAS TIRADOS POR MULAS. 1900.

Los tranvías recorrían las principales calles de la población: la de Don Luis y del Comercio, de este a oeste, la Juárez y la Rosales (Jesús García) de sur a norte. Pasaban por las principales plazas, la Plaza Zaragoza y el Parque Ramón Corral

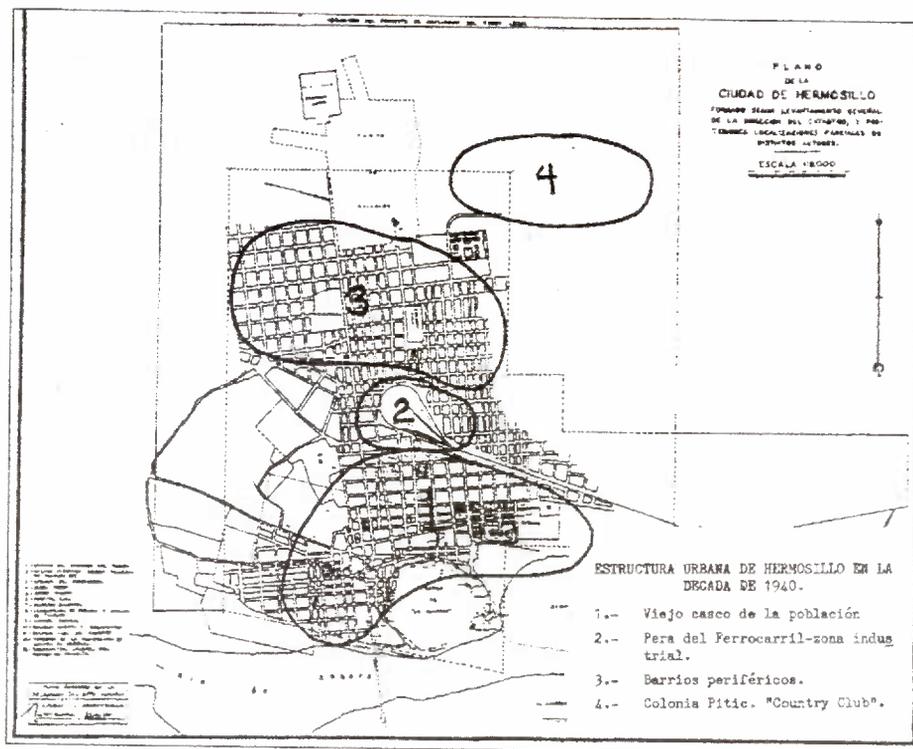


ÁREAS Y EJES PRINCIPALES ANTES DEL FERROCARRIL.

Antes de la entrada del ferrocarril el sentido de las calles principales era de este a oeste, del Parque Ramón Corral (Parque Madero) a la Plaza Zaragoza. Con el ferrocarril aparecen los ejes norte-sur, destacando la calle Juárez por dirigirse a la estación del ferrocarril

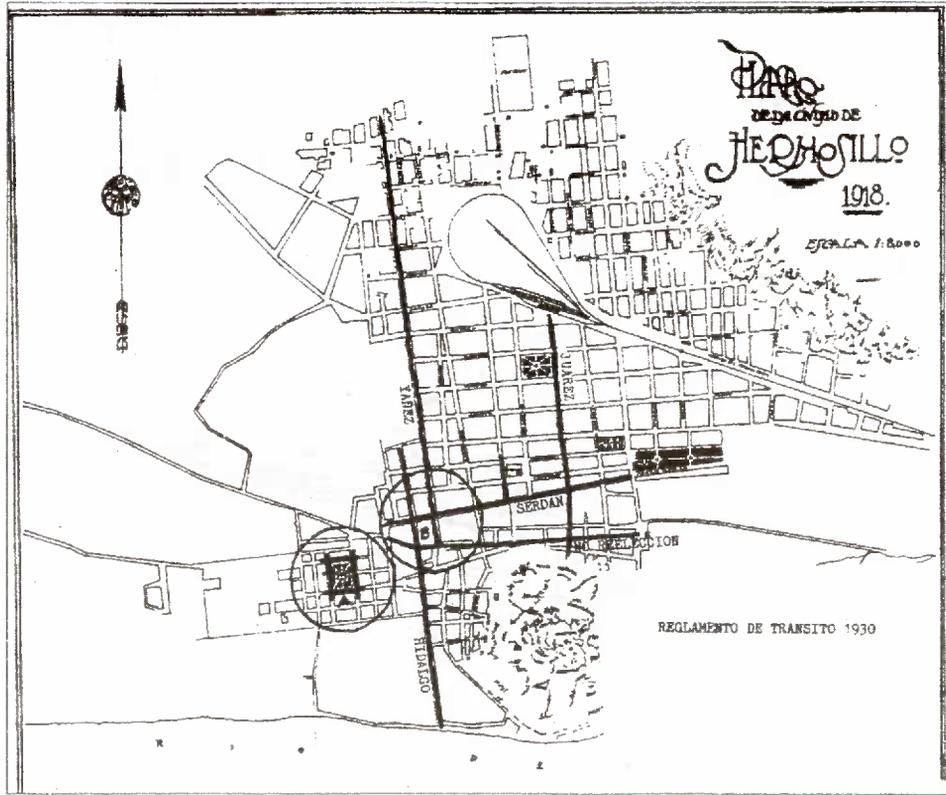


**TERRENOS PROPIEDAD DE RAFAEL J. RUIZ
DESTINADOS A LA CONSTRUCCIÓN DE
CASA.**

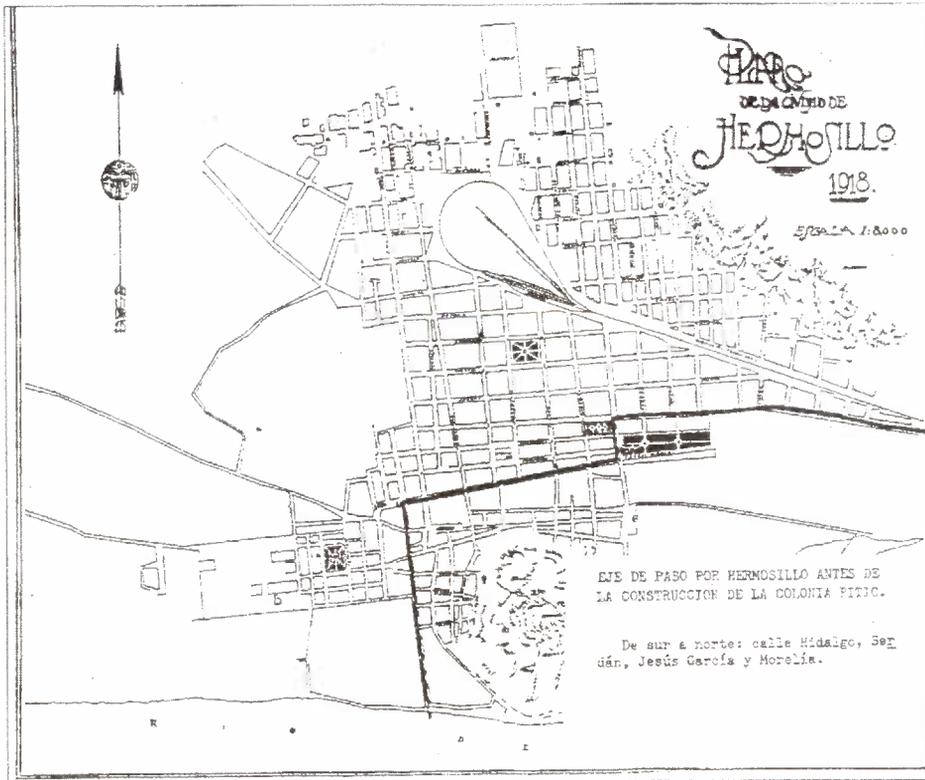


ESTRUCTURA URBANA DE HERMOSILLO EN LA DÉCADA DE 1940

- 1.- Viejo casco de la población.
- 2.- Pera del Ferrocarril-zona industrial.
- 3.- Barrios periféricos
- 4.- colonia Pitic "Country Club"

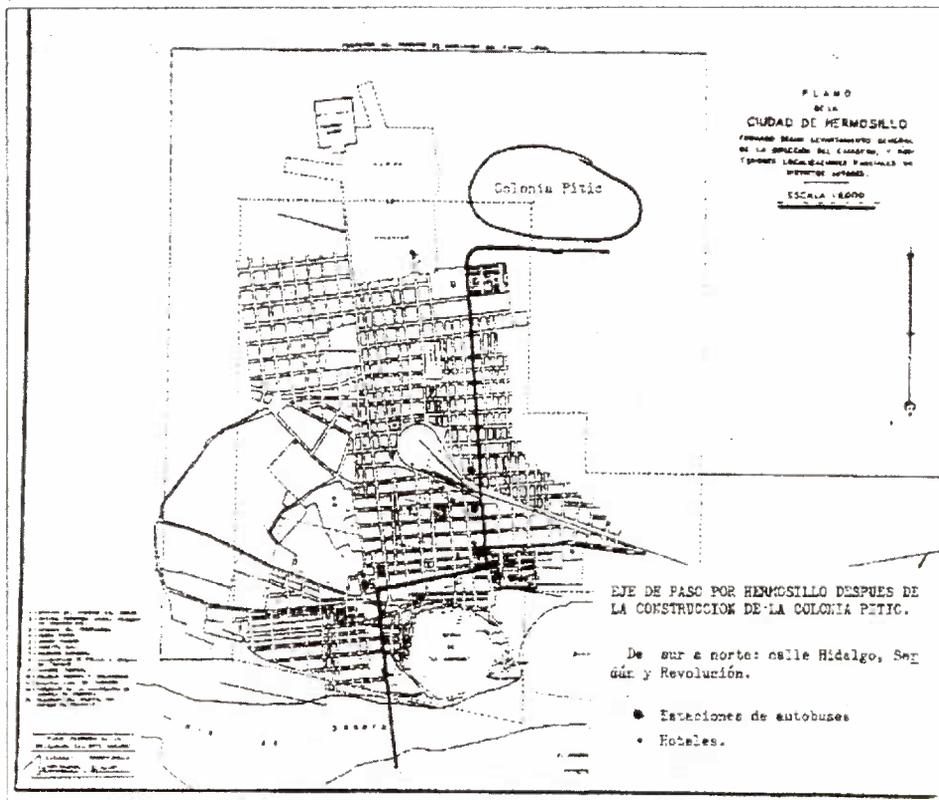


REGLAMENTO DE TRÁNSITO. 1930.



EJE DE PASO POR HERMOSILLO ANTES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA COLONIA PITIC.

De sur a norte: calle hidalgo, Serdán Jesús García y Morel



**EJE DE PASO POR HERMOSILLO DESPUÉS
DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA COLONIA
PITIC.**



**PROYECTO BULEVAR ABELARDO L. RODRÍGUEZ.
SEPTIEMBRE DE 1947**

En abril de 1912, un tal Durón, no encontramos su nombre completo, gestionaba otro contrato con el Ayuntamiento para la construcción de cuarenta casas en terrenos de su propiedad. Lo interesante de esta fraccionadora son dos de las especificaciones que se refieren a la ubicación de la construcción dentro del lote. Contra la tradicional costumbre de levantar la construcción en los límites del terreno, en el proyecto de Durón dejaban cuatro metros de frente para el jardín. La separación de tres metros entre casa y casa rompía con el ancestral patrón de construir en amenaza. (42) Estas dos innovaciones establecen distintas relaciones interior-exterior de la vivienda. La casa empieza, al menos en proyecto, a participar del espacio público. Podríamos suponer una cierta influencia anglosajona en la vivienda.

Con el impulso dado a la construcción se formaron compañías dedicadas a la fabricación de materiales para esta actividad. A fines de 1901, una fábrica de cemento anunciaba la posibilidad de que las clases populares dispusieran de este material, que anteriormente sólo se utilizaba en construcciones de lujo. (43) El vecindario anónimo hace su aparición en el lenguaje de las necesidades urbanas, pero más como frases publicitarias que como intentos serios por mejorar sus condiciones de vida.

En cada uno de los momentos de auge la ciudad derrumba sus viejas construcciones, o simplemente las deja caer al pasar por un período de depresión. Señala lo anterior la fragilidad de una población que no tiene carácter propio al estar supeditadas a eventos y modas arquitectónicas periódicas. Fenómeno que también se presentó durante el porfiriato, cuando “el zapapico de la moderna arquitectura (demolió) muchos de esos edificios y los (sustituyó) por elegantes y gallardas mansiones. “ (44) Con el derrumbe de casas para construir nuevos edificios, más los que se levantaban en terrenos baldíos, aumentó la demanda de materiales, entre ellos el ladrillo. En enero de 1908, el doctor Alberto Hoeffler formó la Compañía Ladrillera, S. A., tomando el cargo de representante. La empresa recibió en adjudicación, dada por el Ayuntamiento, unos terrenos situados al norte de la pera del ferrocarril, en los cuales se ubica actualmente la plaza 16 de Septiembre.

En 1900 Hermosillo difícilmente se extendía hasta la calle Sinaloa al norte; hacia el oeste, las huertas y terrenos de cultivo limitaban la población; mientras por el este, el cerro del Mariachi detenía su crecimiento y, al sur, el río Sonora separaba a Hermosillo de Villa de Seris. Una pequeña población convertida en un importante centro comercial e industrial gracias al ferrocarril. Y por este medio de comunicación aceleró su crecimiento hacia el norte, únicos terrenos disponibles. En agosto de 1913, el regidor Carlos Caturegli, informó a los concejales que: “Es un hecho de observación que la ciudad de Hermosillo está creciendo con la inundación urbana de los terrenos situados al norte del ferrocarril.” (46) La observación no era gratuita. El crecimiento estaba “desalojando” el viejo centro al pasarlo a un punto cercano a la estación del ferrocarril. Era menester reubicar el edificio de los servicios públicos. Para la construcción del nuevo Palacio Municipal propuso el terreno donde estaba el cuartel de caballería, con los siguientes límites: al norte la calle Sonora, al sur la Yucatán, al este la Guerrero y al oeste la Vázquez Gómez (Garmendia), terrenos conocidos como la Muralla.

Lo sucedido con el proyecto de reubicación del Palacio Municipal lo desconocemos, por el momento. Pero un año más tarde el Síndico propuso al Ayuntamiento la apertura y el alineamiento de algunas calles, de nueva cuenta aparece el concepto de “centro” como promotor de ajustes en la población para darle mayor funcionalidad. El viejo centro, desalojado por el crecimiento y “encerrado” en el viejo Hermosillo, buscaba mejorar sus vías de acceso para contrarrestar en algo su ya no muy céntrica ubicación. Entre las calles por ampliarse estaba la Comonfort: “La prolongación al norte de dicha calle daría a la población de aquellos rumbos que ahora se encuentran incomunicados por la serie de tapias y bardas que cierran el paso a la plaza principal.” (47) Los espacios tradicionales se defendían prolongando las calles hacia los nuevos barrios.

La Vida Social. Durante el porfiriato la población vivió uno de los momentos de mayor actividad y esplendor urbanos. No fue sólo el

hecho de mejoras materiales y centros de recreación un poco más ciudadanos, fue también la aceptación de un amplio sector social de una nueva forma de vida.

Los paseos al aire libre ofrecían un mayor atractivo. El parque Ramón Corral (Parque Madero) y la Plaza Principal (Plaza Zaragoza), eran los extremos del sector comercial, recreativo y de negocios, donde los hermosillenses disfrutaban de sus momentos de ocio. Por las calles enarenadas del Parque Ramón Corral transitaban elegantes carriolas y coches, jinetes y paseantes, entre árboles repletos de frutas que perfumaban el ambiente. (48) En el extremo poniente, el coronel Castillo remodelaba, en junio de 1876, la actual Plaza Zaragoza. Sembraron árboles, cambiaron las bancas, mejoraron las banquetas para hacer del lugar un paseo agradable. Los trabajos de remodelación, realizados por los soldados en sus tiempos libres, incluían la construcción de un zócalo semejante al de la Ciudad de México, pero en menor escala. (49) Las calles de Don Luis, Tampico y del Comercio (No Reelección), comunicaban ambos parques. Los paseantes disfrutaban de las mejores tiendas y centros sociales de la población en el área comprendida entre los dos paseos.

Algunas áreas, que sin ser propiamente plazas, concentraron una diversidad de actividades dándoles un buen ambiente cotidiano. Tal sucedió con el espacio de la antigua Plaza Hidalgo, por la calle Tampico. Al norte estaban las oficinas del Banco de Sonora, con su elegante pórtico de arcos y rica ornamentación. Al frente de la institución bancaria abrían sus puertas la cantina La Central, “la más elegante de la ciudad y la que prefieren las personas afectas a los centros públicos donde impera el orden y el asco.” (50), atendida por su propietario Alberto Monteverde. Cerrando el extremo oriente del sitio la tienda de Ramón Ayón compartía el edificio con el Teatro Noriega. ¡Cuántas carriolas, coches y todo tipo de vehículos debieron concentrarse a las puertas del teatro cuando se presentó en su escenario la diva Ángela Peralta en 1883! (51)

La vida urbana aumenta también el encanto de los vicios, lo mismo que los problemas sociales que le vienen al parejo. En noviembre de 1898

los padres de familia, alarmados por: “El vicio de la embriaguez (que) tomaba cada día mayores proporciones.” (52), solicitaron la rápida intervención de las autoridades. Las cantinas invadieron la parte central de la población. Por el rumbo de la Plaza Principal abrieron sus puertas tres templos de Baco, entre ellos el Rayo X. Por la de Comercio otros tres y tres más por la calle del Carmen. En la aristocrática calle de Don Luis había dos cantinas, destacando la Luz Eléctrica, propiedad de Samuel Knaff, decorada al estilo “yankee”. Los parroquianos disfrutaban de una “linterna mágica” y de dos “beldades americanas” que amenizaban las horas perdidas en un pequeño teatrillo. (53)

Los paseos, parques y plazas, y aun las cantinas, reseñados eran el ambiente de la mejor sociedad. ¿Dónde se metía el pueblo, la muchedumbre sin blasón, en las necesarias actividades recreativas? Tal vez deambulando por las calles alrededor de las huertas o acercándose a la estación para presenciar la llegada del tren. En cantinas baratas a las orillas de la población, pasando sus horas perdidas jugando a los naipes o tomando aguardiente tan barato o más que el mismo tugurio. Los trabajadores disponían de pocos espacios y, dado su posible origen eminentemente rural, es probable que no requirieran otro sitio que el de la hornilla en sus casas donde tomar café después de la jornada.

En la década de 1910 el ferrocarril siguió su curso rumbo al sur, cruzando los valles agrícolas del Yaqui y Mayo. La compañía Richardson, que explotaba el del Yaqui, y un respetable número de empresas en ambos valles fueron una competencia nada deseable para los agricultores y los hacendados de Hermosillo. La posterior prolongación de la línea férrea hasta Guadalajara vendrá a alterar el curso de la historia urbana de la población, cambiando su carácter y futuras expectativas.

En la frontera con los Estados Unidos, Nogales, Agua Prieta y Naco, exportaban ganado al “otro lado”, contando con agencias dedicadas a las exportaciones e importaciones. Todas ellas formadas por el ferrocarril, reclamaban y hacían sentir su presencia.

En Busca de Nuevos Rumbos.

LOS NUEVOS CAMINOS.

Hacia el Sur. La revolución mexicana no alteró el proceso urbano de Hermosillo en la medida en que lo hizo el ferrocarril en su recorrido al sur de México, en especial a Guadalajara. La población perdió su atractivo y cambió su carácter más por la comunicación férrea hacia el centro del país que por el movimiento armado de 1910. En la década de 1920 Hermosillo perdió algunos de los elegantes espacios de la época porfirista, y las imágenes dadas por la prensa y cronistas carecen del esplendor de antaño. El majestuoso Hotel Arcadia que recibiera empresarios y centro de reunión de lo más granado de la sociedad era, junto con la acequia del común, un foco de infección. Sus cuartos y pasillos abandonados, habitados por fantasmas, recordaban aquellos tiempos de bonanza.

La vida de las poblaciones como Hermosillo ha dependido de sus relaciones con el exterior. La dirección de los caminos marcan las diferentes épocas de desarrollo urbano, sus características y proyectos. El Hermosillo del porfiriato orientaba sus comunicaciones hacia el este de los Estados Unidos, de manera primordial. Hacia aquellas regiones y de aquellos rumbos iban y venían los efectos comerciales, modas y caprichos de la vida diaria que participaban en la formación de los espacios. Hermosillo es más un producto de los caminos que un formador de rutas.

Extraviados los caminos la población entró en un período en el que las imágenes de deterioro marcaron el ambiente. La región formada por los estados de California y Arizona seguían siendo el polo de atracción para los sonorenses. Empero se formaba en la ciudad de Guadalajara un emporio industrial y comercial que, con el ferrocarril, hizo sentir su presencia en Sonora. Entre los estados del suroeste americano y la capital jalisciense en el centro-oeste de México, se formó un “rosario” de pequeñas urbes orientadas en mayor o menor grado hacia cada una de estas regiones mencionadas, dependiendo de la distancia. Los puertos del litoral norte

del Pacífico y del Golfo de California dieron lugar, durante el siglo pasado, a un sistema “horizontal” de caminos que daban servicio a las poblaciones tierra adentro con efectos que venían de ambos polos comerciales. Con el ferrocarril y la carretera pavimentada se acentúa más la dependencia de Sonora y Sinaloa con el exterior. Las rutas hacia Guadalajara alteran la historia urbana de Hermosillo, transformándola de centro comercial e industrial en “ciudad de paso”.

En diciembre de 1925 la Secretaría de Gobierno del Estado de Sonora invitó al empresario hotelero Frank Dudley, de Tucson, Arizona, a invertir en Hermosillo. Los deseos manifiestos de hombres de negocios, “americanos principalmente”, por invertir en los diferentes ramos y negocios harían lucrativa la construcción de hoteles. El detalle puede pasarse por alto y tomarse como un intento aislado por mejorar la economía local. Pero del mismo documento tomamos un párrafo que establece las futuras relaciones de Hermosillo con el exterior: “Este lugar tiene el mar a 100 kilómetros de distancia, por un camino que se encuentra en buenas condiciones para el tráfico de automóviles. Tal circunstancia y la próxima conexión del Ferrocarril de Guadalajara, que intensificará grandemente el tráfico de pasajeros a través de este estado, ofrecen oportunidades de una ventajosa inversión en un negocio de hotel en esta ciudad.” (1) Hermosillo perdía así su posición privilegiada como centro comercial, y sus posibilidades de desarrollo industrial, para tratar de atraer a quienes de paso al sur invirtieran algo de capital en la región. Lo anterior queda de manifiesto en un folleto turístico de Hermosillo, editado en inglés entre 1929 y 1930, que es una abierta invitación a los “business man” a invertir en la población. (2)

A mediados de los treinta encontramos descripciones cargadas de un alto grado de patetismo. Descripciones de un pueblo calificado de “muladar sin que nada le falte.” (3) En un editorial de “El Pueblo”, fechado el 2 de octubre de 1936, titulado “La Ciudad Sucia”, invitan a la población a recorrer las calles y observar por todas partes “el abandono oficial, la incuria oficial, la mugre, las montañas de basura que han amontonado los

vecinos, en las que los perros hambrientos hurgan, desparramando papeles y plumas y piltrafas de animales de toda especie. Véanse en las calles pavimentadas y las más transitadas que no lo están y se encontrarán pequeños montones de polvo y estiércol y papeles sucios a la orilla de la banqueta y en todo lo ancho de dichas calles, de inmundicia.” (4)

La población volvió a tomar el triste color gris de la decadencia, aunque algunos hermosillenses tienen recuerdos diferentes. En éstos tiempos funcionaban varias organizaciones sociales, o “clubes”, como el de Las Ondinas o el de Las Nereidas. Estas agrupaciones organizaban bailes y fiestas en casas particulares y en centros sociales con el único fin de divertirse. Participaron también en los carnavales que llenaron las calles Serdán y No Reelección con carros alegóricos y cientos de participantes.

Aventuramos, a manera de hipótesis por discutir, el no haber encontrado huellas legibles y legítimas del movimiento revolucionario de 1910 en la historia urbana de Hermosillo. Los gobiernos municipales, tanto del período bélico como los anteriores, se preocuparon más por abrir y rectificar calles, que por imaginar espacios resultantes de un movimiento social de las proporciones del de 1910. Los grupos políticos organizados al calor del movimiento, y en contra de lo establecido, no pensaron en lo más mínimo en nuevas formas de tenencia urbana, en nuevos mecanismos y modelos del uso de la ciudad. Los espacios creados durante el porfiriato serán recuperados por la nueva clase en el poder, mientras organizan nuevos sitios de reunión. La anterior afirmación que se refiere sólo a Hermosillo, nos lleva a pensar en un análisis de la revolución mexicana vista a través de la historia urbana.

La actual estructura urbana de Sonora tiene sus raíces en el porfiriato. Viejas poblaciones, como Guaymas y Hermosillo, remodelaron sus espacios para ingresar al “nuevo Mundo”. Otras, como Álamos y la incipiente población de Cócorit, cedieron su lugar a “modernas ciudades, Navojoa y Ciudad Obregón, respectivamente. Todas ellas, con las ya mencionadas de la frontera, son la herencia urbana del porfiriato. Por lo

que respecta a Hermosillo, tuvo más alteraciones urbanas provocadas por la presencia del automóvil que por la misma revolución.

EL PROYECTO DE LA GRAN CIUDAD.

La Estructura Urbana. Los terrenos que la compañía ferrocarrilera compró al Ayuntamiento en 1898 eran las “afueras” de la población. Con el tiempo, los nuevos barrios fueron rodeando la conocida “pera del ferrocarril”, que quedó en medio de una población que crecía rápidamente. Los casi sesenta mil metros cuadrados que ocupaban las instalaciones del ferrocarril del Pacífico, antes Ferrocarril de Sonora, pasaron a ser el “corazón” del Hermosillo de los cuarenta.

La estructura urbana de Hermosillo estaba ordenada por el viejo casco con sus edificios del porfiriato, los restos de las acequias y las centenarias huertas. Era el sector interesante por sus paseos, plazas, cines y teatros, así como por los edificios de gobierno y eclesiásticos. Las manifestaciones políticas y recreativas tomaban plazas y paseos públicos del sector sur de la ciudad. Los carnavales y manifestaciones de protesta partían, durante las décadas de 1930 y 1940, del Jardín Juárez para dirigirse por la calle del mismo nombre hasta la Serdán, donde daban vuelta a la derecha o izquierda para ir a la Plaza Zaragoza o al Parque Madero.

Los nuevos barrios desmontaron terrenos al norte de la línea férrea a manera de asentamientos espontáneos, formaron su espacio entre caleras, prostíbulos y corrales de cría de marranos. Las quejas de los vecinos por los escándalos de las radiolas, o “ruidolas” como las llamaban entonces, era una verdadera lucha por definir el espacio en este amplio sector de la ciudad.

Más al norte de los barrios periféricos, “el sueño de hace apenas dos años (1943) fincado en lo que era yermo inhabitable... se ha convertido

en lo que es hoy espléndido Distrito residencial del Hermosillo moderno.”
(5) La Colonia Pitic, uno de los más caros proyectos del general Abelardo L. Rodríguez, abría sus avenidas a las nuevas generaciones de hermosillenses, agricultores, comerciantes y futuros industriales que miraban hacia el “porvenir”.

Entre el viejo casco de la población y los nuevos barrios al norte, ya espontáneos o proyectados, estaban los terrenos del ferrocarril que dividían a la población en los dos sectores mencionados. Según el plano oficial de la ciudad de Hermosillo los terrenos de la “pera del ferrocarril” estaban destinados a la pequeña industria. En noviembre de 1945, la Compañía Sud-Pacífico de México anunció los contratos de arrendamiento celebrados con varias firmas industriales. La fábrica de clavos “Sonora” cambió sus instalaciones a la “pera”. La instalación de esta fábrica y otras más provocaron molestias y quejas de los vecinos en los barrios aledaños.

En síntesis y en rasgos generales, esta era la estructura urbana de Hermosillo en los primeros años de la década de 1940. Vendrá entonces la “era de Abelardo” a transformar, de nueva cuenta, aquel pueblo en una gran ciudad.

La Periferia. En los terrenos donde la compañía del doctor Hoeffler fabricaba ladrillo, nació y creció el barrio de Pueblo Nuevo. Probablemente fue a principios de la década de 1920 cuando, a intervalos regulares y en pleno monte, los primeros pobladores construyeron sus casas. Para 1929 el barrio debía tener ya proporciones respetables pues, en el mes de junio, el Congreso del Estado otorgó a Enrique Rivera una concesión para la construcción de un mercado. Un año después, en el mes de febrero, la señora Durón donó un terreno para la construcción de un asilo.

El barrio siguió creciendo sin un proyecto que especificara los “usos del suelo”, por lo que los problemas sociales no se hicieron de la vista gorda. En algunos puntos se establecieron centros de vicio, casas de cita y aun corrales de cría de animales. En el sector formado por la calle Nuevo León, entre Garmendia y Segunda (Concepción L. De Soria),

algunas casas de cita armaban escándalos presenciados por los vecinos, incluyendo a los niños de la barriada. El 10 de enero de 1945, cansados por la situación, se presentó de nuevo la queja ante las autoridades, solicitando el cierre de los establecimientos.

En un reportaje publicado en la revista “Sonora”, en diciembre de 1952, describieron el ambiente más saneado. El citado reportaje fue a raíz de la inauguración del templo católico conocido como Santuario Guadalupano. El barrio se reclamaba ya como una zona residencial clase media, en el que vivían distinguidas personas como el historiador Fernando Pesqueira, Agustín Dávalos, Presidente de la Sociedad de Artesanos Hidalgo, el ingeniero Primitivo Rendón, Jefe de Caminos Vecinales, Manuelito García, director de una de las mejores orquestas musicales, entre otros. El único problema para la tranquilidad pública era la cantina La Tropiconga, en la esquina de Nuevo León y Tercera (García Sánchez). Aun así el barrio era cómodo y apacible.

Pueblo Nuevo contaba con dos espacios abiertos, el viejo cementerio de la Matamoras y Nuevo León, actual estación de bomberos y policía, y la Plaza 16 de Septiembre. Agotados los terrenos para el eterno descanso de los difuntos, en el cementerio de la Matamoras, dispuso el Ayuntamiento la construcción de un jardín público en el sitio. En febrero de 1945 estaban listos trescientos frondosos árboles para hacer del triste y abandonado lugar un agradable paseo. (7) El tiempo pasa y los proyectos cambian. En enero de 1955 colaban la losa del entresuelo del edificio de los Servicios Públicos Municipales. En el inmueble prestarían servicios las siguientes dependencias: Jefatura de Policía, Departamento de Tránsito, Cuerpo de Bomberos, Sección Médica Municipal y el Servicio de Limpia y Transporte. (8)

Casi en el extremo sur del barrio (Pueblo Nuevo limitaba por este rumbo con la calle Sinaloa) está la Plaza 16 de Septiembre. De solar baldío y polvoriento donde concentraban a los pizzadores y braceros pasó a ser la plaza del barrio. En septiembre de 1952, el jefe de Policía, Enrique T. Ceceña, avisó a los trabajadores por medio de la prensa que se concentraran

en la plaza “donde se les proporcionaría sombra, agua y servicios sanitarios, para su mayor comodidad.” (9) Posteriormente, en enero de 1957, Gustavo Mazón en su calidad de Presidente del Patronato Pro-Construcción de la Plaza 16 de Septiembre recibió de Carlos Valderrama, Presidente Municipal, un cheque por cien mil pesos y los planos para la construcción de la plaza. La obra se inauguró el 16 de septiembre del mismo año, tocando a Lauro Ortega, Sub-Secretario de Ganadería y representante del Presidente de la República en el II informe de Gobierno de Álvaro Obregón, presidir la ceremonia.

Con la inauguración del bulevar Abelardo L. Rodríguez, a principios de la década de 1950, el barrio de Pueblo Nuevo se integra más a la nueva ciudad. La citada avenida es la vía de acceso de los viajeros por el norte y la primera calle “rápida” de Hermosillo. Al poniente del bulevar se poblaron los barrios del Topahuito y San Benito que, junto con los del Coloso, el Mariachi, la Matanza y el de la Cruz Gálvez, eran la periferia en la década de 1940. El diario vivir de los habitantes en este amplio sector quedó plasmado en un reportaje fechado en enero de 1943: “Pues, viven sin nuestra ayuda, sin que nosotros sepamos como viven. Viven ateridos de frío, azotados por las enfermedades, con el estómago encogido de no comer. No viven, vegetan inmundamente y lo hacen sin nuestro socorro, sin nuestro interés, sin nuestra preocupación.” (11) La referencia es importante por dos aspectos, primero, son de las primeras imágenes dadas por la prensa de la vida diaria de los suburbios de Hermosillo y, segundo, como explicación y punto de partida del comportamiento urbano de los barrios periféricos en el futuro.

Las diferencias sociales que caracterizaban a cada uno de los barrios periféricos son tema de una minuciosa investigación. Por lo pronto nos basamos en la queja pública, que buscaba mejorar el espacio, para poder vislumbrar una cierta homogeneidad en los barrios marginados. Las futuras diferencias de cada uno de los sectores no estuvo dada por las posibilidades propias de los vecinos, sino por la forma en que la ciudad los asimilaban. El mecanismo fueron las calles que los cruzaban, ya de la Colonia Pític o

de la Costa (campos agrícolas al oeste de Hermosillo) hacia el centro de la población.

Los barrios de Pueblo Nuevo, San Benito, Topahuito y el de la Cruz Gálvez, ubicados entre el viejo Hermosillo y la Colonia Pitic y orientados, los primeros cuatro hacia la costa, se integraron con mayor rapidez a las formas de vida urbana. Las avenidas rápidas que cruzaban estos barrios, bulevar Rodríguez, calle Revolución y calle Veracruz, estructuraron una trama de vialidades que comunicaban las dos primeras con la Pitic y la última con los campos de la Costa. Las caravanas de turistas y la velocidad de los automóviles se transmitió al diario vivir de los vecinos alimentándolos con nuevas fantasías.

La Era de Abelardo. Pocas décadas como la de 1940 han formado generaciones en la historia de Hermosillo. Muchas de las actitudes sociales y urbanas actuales tienen su origen en el período marcado por la figura del general Abelardo L. Rodríguez. El general trajo a Sonora las fantasías del progreso y de la industria, y de una ciudad cosmopolita con amplios bulevares y modernos edificios. Estadista, empresario y hombre de mundo, acostumbrado a la vida en las grandes ciudades definió, por medio de su portavoz oficial Enriqueta de Parodi, imagen y proyectos para Hermosillo. La periodista pasó revista a las carencias de espacios propios de una ciudad moderna buenos edificios para espectáculos, bibliotecas, hoteles cómodos, etcétera. para concluir calificándolo como un “pueblo grande”.

Ideas parecidas debieron haber flotado en el ambiente para que se le permitiera, y aun celebrara, el derrumbe de algunas buenas construcciones en aras del progreso urbano. Para llevar a acabo su proyecto de hacer de Hermosillo una “verdadera capital” instrumentó todo un cuerpo legislativo que los posibilitara. La Ley No. 39, del 19 de abril de 1944, exceptuaba del pago de impuestos prediales por diez años a los propietarios y constructores de edificios nuevos destinados a espectáculos públicos: teatros, arenas de box, tanques (albercas) olímpicos, cinematógrafos, etcétera. que cumplieran con los requisitos de seguridad e higiene. (13) En agosto de 1946 decretó otra ley exceptuando del impuesto predial por

diez años a las construcciones destinadas a mercados, siempre y cuando cumplieran con los requisitos fijados por la misma. La obra urbana de Rodríguez tendía a recrear la ciudad perdida durante la revolución de 1910, entretanto creaba sus propios espacios.

Durante la década de 1940 se desató una fiebre por la construcción similar a la del porfiriato. Edificios que eran verdaderos ejemplos de la arquitectura moderna se apreciaban entre casonas viejas, corrales de vacas y matorrales. Fuera de toda proporción y sin la ambientación urbana adecuada, el edificio del Museo y Biblioteca se levantaba majestuoso a las orillas de un pueblo que parecía vivir una alucinación. El Jardín Juárez, cercano a la estación del ferrocarril, recreó su ambiente con la construcción de dos modernos cines, el Nacional y el Sonora. El primero estaba en proceso de construcción a fines de 1945. La obra la proyectó el arquitecto Miguel Giral López, especialista en cines y autor del proyecto del cine Chapultepec, uno de los más modernos en la Ciudad de México por aquellas fechas. Tocó al arquitecto Leopoldo Palafox Muñoz, hacerse cargo de la ejecución de la obra. (14) Por la calle Matamoros frente al costado oeste del mismo jardín inauguraron, en junio de 1947, el cine Sonora. Por su acceso de “gran ciudad” entraron cientos de elegantes hermosillenses a disfrutar de las mejores películas durante más de una década. Después, cuando el Jardín Juárez vino a menos, se convirtió en un cine de barriada.

El Automóvil. No es la intención hacer un relato del automóvil en la historia de Hermosillo, sino analizar brevemente el impacto que tuvo en la trama urbana. La población creció al capricho de sus habitantes, levantando bardas y cercos donde conviniera a sus intereses, presentando un serio problema a la adaptación del nuevo medio de transporte. Un buen número de casa cayeron bajo la necesidad de facilitar las maniobras de los automovilistas. En el proyecto de ampliación de calles de 1914 derrumbaron la esquina del comercio de Manuel Loaiza, argumentando que era un obstáculo a la libertad de tránsito de vehículos. (15) En junio de 1929 derrumbaron otras dos construcciones con el propósito de “agilizar el tráfico de la ciudad.” (16) Los inmuebles estaban ubicados en la esquina

de Morelos y Tampico (Pedro Moreno y Obregón) el primero, y una sección de la casa contigua a la del Sr. Aja.

Ya alineadas las calles, los automovilistas podían transitar con mayor libertad y es aquí donde tenemos el segundo “impacto”, los accidentes. En el año de 1927 se registraron doce accidentes entre choques, atropellados y automovilistas que se subieron a la banqueta, uno de ellos se estrelló contra una de las puertas del Palacio Federal. (17) La serie de accidentes obligó a la reglamentación del tránsito por parte del Estado, publicando una ley al respecto en 1930. En el artículo noveno del referido documento indican a los automovilistas los altos obligatorios “al entrar en las siguientes calles: Serdán, Juárez, Hidalgo, Tampico, Yañez, Guerrero entre Serdán y Monterrey, y las que limitan a la plaza central.” (18) Según vemos en el plano respectivo había dos zonas conflictivas, marcadas con los círculos A y B, correspondiendo la primera al sector de Palacio Federal y Catedral, y a la de Palacio Federal la segunda. Las calles Serdán y del Carmen (No Reección) eran libres tanto por su carácter comercial como por dirigirse al Parque Madero la primera y a la Capilla del Carmen la segunda. La calle Juárez tenía por destino la estación del ferrocarril; la Yañez corría libre rumbo a la zona de tolerancia, y la Hidalgo era la calle de acceso y salida rumbo al sur.

Para 1945 el movimiento de vehículos aumentó de forma notable. En la calle Yañez, que era uno de los ejes principales, está la escuela Leona Vicario con su antiguo parque de juegos al frente. En el cruce del plantel al parque los niños corrían el riesgo de un accidente. La solución fue la construcción de un paso subterráneo, contratando el Ayuntamiento los servicios de un técnico en octubre de 1945. El pasaje, con una extensión de trece metros, fue inaugurado el 2 de diciembre del mismo año con una fiesta en la que hubo recitaciones, bailables, etcétera. (19)

Los automovilistas convirtieron las calles en verdaderas pistas de carreras. Las quejas de los vecinos ante las autoridades para poner un alto a los incidentes dan fe de la nueva “diversión”. El 5 de junio de 1946 un vecino de la calle Serdán hizo público el peligro que corrían los peatones

al denunciar “una carrera entre un auto particular y un camión lleno de pasajero.” (20) Anota el quejoso que las autoridades colocaban policías en los cruceros de mayor riesgo, para retirarlos cuando todo pasaba al olvido.

El programa de pavimentación de calles cubría a mediados de 1946 un elevado porcentaje del centro de la población. Para proteger la pavimentación giraron instrucciones del Departamento de tránsito para que los propietarios de vehículos de tracción animal se abstuvieran de entrar al área pavimentada. (21) La nueva ciudad empezaba a convertir en vestigios rurales la vieja práctica de comprar la verdura, carne o leche a los vendedores en carretas.

Las complicaciones en el movimiento de los vehículos hizo necesario su control por medio de semáforos. Todo parece indicar que los primeros se instalaron sobre la calle Serdán, a fines de 1952, en los cruces con la Juárez, Abasolo, Hidalgo y Rosales. En el mismo año instalaron tres “flashers”, luces intermitentes preventivas, una en la esquina de la Colima (Gastón Madrid) y Pacheco, otra en la carretera Internacional a la altura de la Colonia Pitic y la última frente a la despepitadora en Villa de Seris. Los semáforos aumentaron el prestigio de Hermosillo, ya que: “Después de Guadalajara... es la primer ciudad en la costa del Pacífico que cuenta con esta mejora.” (22)

EL SUEÑO HECHO REALIDAD.

La Colonia Pitic. El plano de la primer sección de la Colonia Pitic, publicado en un diario local el 31 de diciembre de 1943, muestra las amplias avenidas, los callejones de servicio y el terreno del futuro parque. La tubería de agua corriente estaba ya en funcionamiento, alimentada por

los pozos del Ranchito, almacenaba el agua en un depósito en lo alto del cerro del Coloso. Los trabajos avanzaban con celeridad. El 18 de marzo de 1945 inauguraron la colonia con un programa cultural, artístico y deportivo organizado por Sam Rosenkranz. La declaratoria de inauguración correspondió al ingeniero Juan de Dios Bojorquez, en representación del general Abelardo L. Rodríguez. Pasado el programa de inauguración y después de un “buffet”, los asistentes hicieron un recorrido por la colonia. (23)

Bástenos revisar las expresiones acuñadas durante la “era de Abelardo” para imaginar la efervescencia que produjo el proyecto. En diciembre de 1943, refiriéndose al general Rodríguez y el porvenir de Hermosillo, escribieron sobre la “visión futurística del mandatario que señala un porvenir fabuloso a la ciudad capital de Sonora.” (24) En 1945 recordaban “el sueño de hace apenas dos años fincado en lo que era yermo inhabitable y que se a convertido en lo que es hoy espléndido distrito residencial del Hermosillo moderno.” (25) Estas y otras expresiones más, escritas o que pasaron a la tradición oral, testimonian la confianza puesta en el gobernante, o eran, simplemente, parte de una bien llevada campaña periodística para construir la imagen del estadista.

La Compañía Urbanizaciones e Inversiones, S. A., promovía e impulsaba la venta de los terrenos de la Colonia Pitic. Desde sus oficinas en el edificio Sonora, construido por la misma compañía en 1945, desplegaba una intensa campaña de prensa y radio invitando al público a la compra de terrenos, ofreciéndolos en octubre del mismo año en trece pesos metro cuadrado. (26) En enero del siguiente año se formó una sociedad anónima con el primordial objetivo de fomentar la construcción de residencias, mostrando un capital de un millón de pesos. (27)

A la par que se iba dando forma a la colonia, organizaban los nuevos espacios recreativos que tomarían el lugar de los del viejo Hermosillo. El Club de Golf, conocido también como el Country Club, destacaba por su importancia y magnitud. Desde la casa del club, construida en los altos de una loma, se apreciaba la presa en construcción, la población de Hermosillo

y la Colonia Pitic. La terraza era ideal para fiestas al aire libre y “lunadas”, contando además con buenas instalaciones deportivas. La construcción de este importante centro recreativo, dio motivo para los ejercicios de la imaginación de quienes creían ver a Hermosillo en la lista de las grandes metrópolis. Comparaban sus instalaciones con los paseos y parques públicos de la Ciudad de México, y “que al hacerse de renombre en otras partes del país y del extranjero, dará fama a la remozada y agresiva capital de Sonora.” (28) El entusiasmo creado por el espejismo llegó al máximo cuando los señores Hoff y Martin, el primero Gerente General de Tráfico del Sud-Pacífico y Presidente de la Universidad de Arizona en Tucson el segundo, solicitaron su ingreso como socios del club.

Al norte de la población, pasando la “pera del ferrocarril” y los barrios periféricos, construían un mundo totalmente distinto. Un mundo que parecía ajeno al diario vivir de la vieja población, que dejaba atrás los espacios anticuados, las casonas de adobe y las angostas calles. Las modernas construcciones con abundante vegetación en sus jardines eran una estampa de la ciudad “americana”, a la que aspiraban como ideal de modernidad.

Nuevas Calles. La Colonia Pitic parecía un mundo aparte del viejo Hermosillo, aun así, los vecinos hacían sus compras y trabajaban en el centro de la población. Cruzaban a diario por las calles de los barrios, calles sin pavimentar y de casas de adobe mal cercadas. Pero el diario ir y venir entre la Pitic y el centro mejoró el aspecto de una de las calles, la Revolución, para servir de enlace entre ambos puntos. La Avenida Revolución alteró el “eje de paso” norte-sur, ya que con anterioridad, las calles utilizadas para cruzar Hermosillo eran: de sur a norte: Hidalgo, Serdán, Jesús García y Morelia. En cierta forma la Pitic “jaló” el eje de paso hacia el norte por la Avenida Revolución. En puntos cercano a ésta, prestaban sus servicios las estaciones de autobuses y los principales hoteles cubrían un área aledaña a la misma. A lo largo de la Revolución construyeron modernas casas-habitación del nombrado en aquel entonces

“estilo” chalet. Frente al internado de la Cruz Gálvez edificaron la escuela Heriberto Aja, haciendo énfasis en la cercanía de la Colonia Pitic.

En otro punto de la población, en el extremo norte de la antigua calle de la Moneda (Rosales), construían el edificio del Museo y Biblioteca. Las columnas a medio colar y los muros sin enjarre ganaban altura. Paulatinamente los ojos de los hermosillenses construían, a la par de la obra arquitectónica, los futuros lugares donde vivir nuevas experiencias. La obra urbana de Rodríguez acondicionó algunos lugares en el viejo casco de la población y empezó a organizar la nueva ciudad casi en despoblado. La Colonia Pitic y la Universidad de Sonora, dos de las obras urbanas de mayor relevancia durante la “era de Abelardo”, estaban fuera de la población.

Varios fueron los mecanismos de que se valieron para “integrar” estos lugares sin valor urbano al centro de la ciudad, uno de ellos, los desfiles cívicos. El desfile del Primero de Mayo de 1945 partió de la Plaza Zaragoza, tomó la calle Serdán y dobló a la izquierda en la Juárez para concluir en el mismo Jardín Juárez. Dos calles céntricas con añejas construcciones y tradición. El desfile del 20 de Noviembre del mismo año, dio inicio frente del gigantesco edificio en construcción del Museo Y Biblioteca, tomó por la calle Rosales rumbo al sur, entre casonas menos espléndidas al este y las huertas al oeste, dobló a la izquierda en la Serdán para concluir en el Parque Madero. Lejos estaba la calle Rosales de la importancia histórica y urbana de la Juárez como para tomar su lugar. Más lejos aun, la estructura de un edificio en construcción de la relevancia de la Plaza Zaragoza, con el Palacio de Gobierno y Catedral en sus costados oriente y poniente.

El Museo y Biblioteca, construido entre el viejo Hermosillo y los nuevos barrios y colonias, toma con el paso del tiempo un lugar destacado en el sistema urbano. Pero primero fue necesario “sanear” el rumbo. La proximidad de la zona de tolerancia, unas calles al norte, daba la nota discordante a la proyectada “Ciudad Universitaria”, frente al museo. En mayo de 1946, un grupo de padres de familia y varios maestros de la

Universidad levantaron la voz de protesta. Los estudiantes tenían que cruzar entre cantinas y casas de cita al dirigirse a los espacios universitarios. (3)

Formado el conjunto urbano de la Biblioteca y Museo y el edificio principal de la Universidad, lo unieron, por medio del bulevar Abelardo L. Rodríguez, con la Colonia Pitic. La nueva avenida tomó el lugar de la Revolución, y del viejo casco de la población empezó a abrirse paso la calle Rosales para unirse con el bulevar en la parte frontal del Museo y Biblioteca. Con el bulevar Rodríguez y la calle Rosales quedaba en servicio el nuevo “paso” por la población. Las caravanas de turistas transitan por las nuevas avenidas desplazando la antigua zona hotelera de la adelaña a la Avenida Revolución, a la carretera Internacional en el sector que actualmente es el bulevar Eusebio Francisco Kino.

En enero de 1955, una caravana turística, compuesta por quinientos cincuenta “trailers”, se estacionó en una explanada frente a Textiles de Sonora. Dos años más tarde, en febrero de 1957, inauguraron el hotel-motel Gándara a un costado de la carretera Internacional. En un principio contaba con veinte cuartos, dos “suites” y cinco “búngalos” con cuatro cuartos cada uno, proyectando la construcción de otros veinte “búngalos” más. Los elegantes hoteles cercanos al Jardín Juárez y el Parque Madero, cerraron sus puertas o bajaron de categoría. Sólo los cercanos a la calle Rosales lograron pasar a la nueva etapa en la historia urbana de Hermosillo.

A la distancia la obra urbana del general Rodríguez tiene la apariencia de una alegre carnaval en el que todos se mostraban felices. Las expresiones de un futuro promisorio, de una nueva era, la “era de Abelardo”, son las que nos llegan junto con las obras como prueba irrefutable de que aquellos años fueron de magnificencia. Pero no se puede actuar sobre una ciudad sin que haya inconformidad. Los derrumbes de las casas levantaron protestas antes que cayera el polvo. Contrastaban las innumerables mejoras materiales con la falta de vivienda y las quejas por falta de servicios públicos aparecían al lado de los reportajes sobre alguna de las grandes obras en proceso.

En fin, Rodríguez movió los cimientos de un pueblo que parecía aceptar su suerte. Las reacciones fueron contrarias. Hubo los que decidieron y tuvieron la oportunidad de participar de las empresas, y aquellos que vieron en la política urbana de Rodríguez un ataque a sus formas y costumbres. Ataque que en ocasiones fue más allá de alterar los rincones sagrados de los vecinos, pues muchos de ellos vieron caer los muros y cubiertas de sus casas para dar paso a una nueva avenida.

El general formó la generación del “cuarenta” con una fantástica campaña en la que ofreció el oro y el moro. Junto con leyes sobre cuestiones urbanas, decretó aquellas que favorecían el desarrollo industrial. El momento histórico es importante para comprender las posibilidades que tuvo Rodríguez de convertir a Hermosillo en su campo de inversiones. Los de la generación del cuarenta estaban cansados de revueltas políticas y disturbios sociales. Lo cual fue inteligentemente aprovechado por el general para llegar a al gubernatura. Estaban también alertados por el avance del comunismo, que destruiría la moral cristiana. Todo esto lo vivían en un pueblo que había perdido parte de su encanto y estaba en el centro de las discusiones políticas y sociales del estado. La “visión” del general estuvo en recrear los espacios urbanos perdidos durante la revolución de 1910 y los años posteriores. Su obra fue sólo el principio de la ciudad que vivimos actualmente. Algunos gobiernos posteriores continuaron el trabajo, abriendo nuevas avenidas o reforzando los espacios creados, completando la idea de la ciudad que imaginó el general.

NOTAS:

El Hermosillo de las Huertas y las Acequias.

- 1).- México. 1827. Henry George Ward.
- 2).- El Voto de Sonora. 23 de Noviembre de 1842.
- 3).- Descripción Política, Física, Moral y Comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana. Vicente Calvo. 1843.
- 4).- AGES. Carpetón 267.
- 5).- Idem.
- 6).- La Estrella de Occidente. 23 de Septiembre de 1859. BOE.
- 7).- AGES. Carpetón 370.
- 8).- Noticias Estadísticas del Estado de Sonora. 1850. P. 61. Francisco Velasco. Ed. 1985.
- 9).- Idem . P. 61.
- 10).- Henry G. Ward. op. cit.
- 11).- Francisco Velasco. op. cit.
- 12).- La Estrella de Occidente. 13 de Abril de 1860. BOE.
- 13).- Crisis y Orden en el Mundo Feudo Burgués. José Luis Romero. Ed. Siglo XXI. Ed. 1980.
- 14).- El Eco de Sonora. 10 de Abril de 1871.
- 15).- La Era Nueva. 16 de Septiembre de 1877.
- 16).- La Era Nueva. 13 de Enero de 1878.
- 17).- Epistolario de José Camou H.
- 18).- Idem.
- 19).- La Era Nueva. 16 de Diciembre de 1877.
- 20).- La Regeneración. 21 de Junio de 1876.
- 21).- La Reconstrucción. 27 de Marzo de 1877.
- 22).- La Era Nueva. 13 de Enero de 1878.
- 23).- La Era Nueva. 23 de Junio de 1878.
- 24).- AGES. Exp. 2 “189.2”
- 25).- AGES. Carpetón 12.

- 26).- AGES. Carpetón 422.
- 27).- La Constitución. 24 de Febrero de 1881.
- 28).- La Constitución. 19 de Mayo de 1881.
- 29).- AGES. Carpetón 1583.
- 30).- La Constitución. 19 de Julio de 1809.
- 31).- AGES. Carpetón 1826.
- 32).- AGES. Carpetón 2023.
- 33).- Artes y Letras de México. 11 de Octubre de 1908.
- 34).- Idem.
- 35).- Idem.
- 36).- Álbum-Directorio 1905-1907. Federico García y Alva.
- 37).- Idem.
- 38).- Idem.
- 39).- Idem.
- 40).- AGES. Carpetón 678.
- 41).- AGES. Carpetón 1624.
- 42).- El Imparcial. 24 de Marzo de 1944. (Efemérides)
- 43).- El Correo de Sonora. 19 de Noviembre de 1901. (AGES).
- 44).- Federico García y Alva. op. cit.
- 45).- AGES. Carpetón 23337.
- 46).- AGES. Carpetón 2979.
- 47).- AGES. Carpetón 2988.
- 48).- Artes y Letras de México. Op. Cit.
- 49).- La Regeneración. 21 de Junio de 1876.
- 50).- Federico García y Alva. op. Cit.
- 51).- Los Barrios de Hermosillo. Juan Ramón Gutiérrez. (inédito)
- 52).- El Correo de Sonora. 15 de Noviembre de 1898. (AGES)
- 53).- El Correo de Sonora. 22 de Marzo de 1899. (AGES)

En Busca de Nuevos Rumbos.

- 1).- AGES. Carpetón 3770.
- 2).- Folleto Turístico de Hermosillo. Colección S. S. H.
- 3).- El Pueblo. 2 de Octubre de 1936.
- 4).- Idem.
- 5).- El Imparcial. 3 de Octubre de 1945.
- 6).- Idem. 10 de Enero de 1945.
- 7).- Idem. 12 de Febrero de 1945.
- 8).- Idem. 20 de Enero de 1955.
- 9).- Idem. 24 de Septiembre de 1952.
- 10).- Idem. 10 de Enero de 1957.
- 11).- Revista MAS. Enero de 1943.
- 12).- Abelardo L. Rodríguez. Estadista y Benefactor. P. 50.
- 13).- Boletín Oficial del Estado. Abril de 1944.
- 14).- El Imparcial. 8 de Diciembre de 1945.
- 15).- AGES. Carpetón 2988.
- 16).- El Pueblo. 12 de Junio de 1929.
- 17).- AGES. Carpetón 66.
- 18).- El Pueblo. 26 de Abril de 1930.
- 19).- El Imparcial. 1 de Diciembre de 1945.
- 20).- Idem. 5 de Junio de 1946.
- 21).- Idem. 6 de Junio de 1946.
- 22).- Idem. 12 de Septiembre de 1952.
- 23).- Idem. 16 de Marzo de 1945.
- 24).- Idem. Diciembre de 1943.
- 25).- Idem. 3 de Octubre de 1945.
- 26).- Idem. 3 de Octubre de 1945.
- 27).- Idem. 22 de Enero de 1946.
- 28).- Idem. 5 de Junio de 1946.
- 29).- Idem. 22 de Mayo de 1945.
- 30).- Idem. 3 de Mayo de 1946.

BREVE HISTORIA URBANA DE HERMOSILLO. Jesús Félix
Uribe García, se terminó de imprimir en el mes
de febrero del 2005 en Imprenta FAS
Nuevo León y Concepción L. de Soria. Hermosillo, Sonora.
el tiraje consta de 1 000 ejemplares.

